



BOLSILIBROS
CASA

50 Ptas.

FBI

**Al
Gallard**

**SANGRE
DE
PERIODISTA**





FBI



EDITORIAL ANDINA, S. A.

© AL GALLARD

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID)

Director responsable:

Gregorio Ovejero.

I. S. B. N.: 84-06-03604-4

Depósito legal: M. 26.781 - 1982

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (Madrid)

**SANGRE
DE
PERIODISTA**

Al Gallard

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

Capítulo 1

EL INSPECTOR PITZER

T

IMES Square es quizá uno de los lugares más alegres de Nueva York. En esa plaza convergen casi todos los metropolitanos de la gran ciudad, y por eso, a todas horas y en todo momento se ve cruzada por un número considerable de peatones que salen o entran en esas gigantescas estaciones subterráneas que horadan, en diferentes profundidades, el subsuelo de Nueva York.

A las seis de la tarde, un coche negro, que a simple vista no se diferenciaba de los demás, se detuvo muy próximo a la salida del «subway» de la Seventh Avenue¹.

Su conductor, un hombre de unos cuarenta y tres años más o menos, cerró el contacto del motor; sacó un cigarrillo de una pitillera que tenía en un hueco del tablero de mando y lo encendió pausadamente con una cerilla que recogió del mismo sitio.

Algo más de diez minutos llevaría en ese lugar cuando se le acercó un policía de tráfico.

—No se puede parar en este sitio más de cinco minutos.

—¿No? —miró su reloj, agregando—: Yo llevo doce y no ha pasado nada.

—Gracioso, ¿eh? Pues...

No terminó de hablar. El conductor del vehículo había sacado una carterita portacarnet y la había abierto ante los ojos del agente.

—¿Es suficiente? —preguntó este.

—Claro. Hábmelo dicho desde el primer momento.

Se llevó los dedos a la visera de la gorra del uniforme y se alejó sin indagar nada más sobre el conductor de aquel automóvil.

Aún estuvo otros diez minutos antes de que sus ojos divisaran a un hombre que salía de la boca del metro mezclado con las personas que, indiferentes a los que las rodeaban, iban y venían a sus cotidianos menesteres.

Alan Pitzer, inspector del Federal Bureau of Investigation, perteneciente a la División de Nueva York, puso en marcha el motor de su automóvil.

Posiblemente, si un entendido en motores de explosión hubiese pasado

por allí en ese momento, se habría dado cuenta de que el funcionamiento silencioso de ese motor no era el que llevan al salir de fábrica los vehículos de igual marca al que conducía el individuo en cuestión.

Avanzó un poco hasta que llegó a la altura del recién salido del «subway».

Era un muchacho con el pelo castaño y ojos grises. Bastante alto, y a través de su traje bien cortado se adivinaban sus músculos ágiles y fuertes. Tendría, quizá, veinticinco o veintiséis años. Se llamaba Slim Merry, y pertenecía a la misma División del F.B.I. como agente a las órdenes del inspector Pitzer.

Este paró el vehículo frente a su compañero.

—¡Eh, Merry! —llamó.

El aludido se acercó al automóvil. Abriendo la portezuela, se sentó al lado de su compañero.

—¡Hola, Pitzer! ¿Hace mucho tiempo que esperabas? Recibí tu llamada telefónica y he venido lo más ligero posible.

—¡Pchs!... Me entretuve un poco. No obstante, hace más de un cuarto de hora que he llegado.

—Bien. ¿Y qué ocurre con tanta prisa?

—Ahora te diré —arguyó Pitzer, al mismo tiempo que ponía en marcha el coche.

Avanzaron por entre el tráfico sin despegar los labios. Entraron en el Broadway.

Slim Merry miró a su compañero.

—¿Y bien? —repitió.

—Verás, muchacho —respondió Pitzer—: se trata de una visita.

Giró el volante, metiendo el coche por la calle Cuarenta y Cuatro. Después, cuando ya rodaban por la West End Avenue, continuó:

—Vamos a charlar un rato con Mortimer Guiroy.

Merry lanzó un prolongado silbido.

—¡Diablo! —exclamó—. Para hablar con ese fulano es menester llevar las pistolas al descubierto.

—No; solo es una visita en busca de unas informaciones.

—¿A qué es debido?

—Ya sabes que ayer se descubrieron dos cadáveres en una habitación del «Waldorf Astoria», ¿verdad?

—Sí. Y según parece, lo encontró la niña del «Morning».

—Exacto. Pero lo que creo que aún no sabes es que este asunto está ligado a lo que nosotros llevamos entre manos. Esos dos individuos asesinados son viejos amigos... Los encontramos en Estambul cuando el asunto del criado del embajador inglés... ¿Recuerdas?

Merry asintió:

—Claro que me acuerdo. Bien y ahora ¿de qué se trata? ¿En que líos andaban metidos esos dos para que alguien les haya facturado al otro mundo?

—Parece ser que se trata de un asunto de espionaje. En la habitación del hotel se hallaron unas copias fotográficas y croquis de bases militares y navales.

—Y ese cerdo de Guiroy, ¿está mezclado en esto?

—Ocurre que del «Waldorf» desapareció un tipo que trabajaba allí como «valet». Un tal Lyman Perking. Pero sucede también que el verdadero nombre de ese sujeto es Pat Rankin, un pájaro de cuidado que en tiempos trabajó para Guiroy. ¿Vas entendiendo?

—¡Pat Rankin! Ahora comprendo la visita. Ese fulano era en aquel tiempo uno de los hombres de confianza de Mortimer, ¿no?

—No. Rankin no «era»: «es» uno de los hombres de confianza de ese *gangster* con dinero.

En ese momento llegaban a la ancha avenida del Riverside Driver. Pitzer llevó el coche hacia la derecha y continuaron la marcha por la orilla del Hudson. Un poco antes de llegar a la calle Ochenta y dos, se detuvo ante una casa de venerable aspecto.

Los dos agentes federales se apearon del vehículo. Entraron en el edificio. Subieron las escaleras, anchas y de mármol blanco. Se detuvieron ante una puerta de chapa de nogal con incrustaciones de otras maderas más claras. Pitzer oprimió el pulsador de un timbre, oyéndose a través de la puerta el seco repiqueteo de un zumbador con sordina.

Unos segundos después, un hierático criado les abrió la puerta.

Apenas ambos agentes federales se identificaron, se apresuró a franquearles el paso. Se ausentó unos breves instantes para regresar enseguida, diciendo.

—Míster Guiroy les ruega que pasen.

Al decir esas palabras se apartó a un lado de la puerta, sujetó los recios cortinones que ocultaban la entrada y les dejó pasar.

Los dos hombres caminaron hasta encontrarse en un lujoso despacho-biblioteca. Junto a una enorme mesa de estilo Renacimiento había un hombre que avanzó unos pasos hacia los recién llegados.

Posiblemente, no tendría más de cincuenta años. Era grueso, más bien bajito, y su frente se despejaba al aire por unas grandes entradas. Vestía un correcto traje azul marino.

—¡Caramba, caramba! ¡Cuánto bueno por mí casa! —exclamó, sonriente, al mismo tiempo que alargaba una mano hacia los recién llegados.

Pitzer, que era el más próximo, se metió la suya en el bolsillo, sin corresponder al saludo de su interlocutor.

—¡Hola, Guiroy! —dijo fríamente—. Vengo en misión oficial.

—Me extraña —respondió, a la par que enrojecía de rabia y retiraba su mano, que no había sido estrechada por ninguno de los del F.B.I. No obstante, contuvo su ira, y añadió, recuperando su sonrisa—: No hace mucho le decía a Yllona que me gustaría charlar con el gran Pitzer.

—Así es —confirmó una voz femenina con tono de contralto, que hizo que los visitantes volvieran la cabeza hacia un lateral de la biblioteca.

Sentada en un cómodo sillón, con las piernas cruzadas, embutidas en finas medias de seda, enseñándolas pródigamente, estaba una bella mujer.

—Es mi novia, inspector. Creo que ya la conoce —explicó Mortimer.

—Sí —dijo la mujer—; el inspector Alan Pitzer y yo nos conocemos —clavó sus ardientes ojos en Slim, continuando—: A quien no conozco es a su compañero. ¿Quieres presentármelo, querido?

—Claro, cómo no —respondió Mortimer—: Slim Merry, de la División del F.B.I... Yllona de la Forest, mi prometida.

—Bueno, Guiroy —dijo el inspector—. Estamos aquí en misión oficial, de modo que dígle a su novia que se largue.

La mujer le fulminó con una mirada de ira. Luego, encogiéndose de hombros, abandonó la estancia.

—Bueno, Pitzer —dijo el dueño de la casa en cuanto quedaron solos—. Creo que ahora podrá explicarme a qué viene ese misterio... Pago mis contribuciones y no falseo mis libros.

—Solo vengo a hacerle una pregunta. Preferiría que me contestara por las buenas.

—Usted dirá. Si puedo, lo haré con mucho gusto.

—¿Dónde está Pat Rankin?

—¿Rankin? Es curioso. No hace aún dos horas estaba yo pensando en lo mismo. ¿Qué habrá sido de ese muchacho?

Alan Pitzer avanzó un paso, apoyó el dedo índice de su mano derecha sobre el pecho de su interlocutor y...

—Oiga, Guiroy —dijo muy lentamente—: el asunto que me trae aquí es muy peligroso. No sé por qué me parece que está usted dando vueltas alrededor de la silla eléctrica.

—¡Salgan de aquí! —gritó, frenético, Mortimer, con la faz descompuesta—. Están abusando y olvidan que esta es mi casa... ¡Vamos, márchense con mil diablos, y si tienen que volver tráiganse un mandamiento judicial, y entonces les contestaré! Es de la única forma que en lo sucesivo permitiré que entren aquí.

Slim Merry intervino, conciliador.

—No se excite, Guiroy. Venimos a verlo porque Pat Rankin está metido en un asunto muy feo; si usted lo encubre será procesado por cómplice de dos asesinatos.

—¿Qué yo...? Mire, amigo; me está usted contando un cuento de hadas —repuso, ya más tranquilo y sereno—. Le he dicho que no sé nada de Rankin, y esa es la pura verdad. Si me quieren creer, bien...; si no... —encogió los hombros y terminó con una sonrisa—, si no, lo siento por ustedes.

—¡Vámonos! —ordenó Pitzer a su compañero—. A estos individuos solo se les puede hablar de dos formas: con los puños o por encima del cañón de la «Luger». La legalidad no tiene valor para ellos, ni... de momento, para nosotros—. Dio media vuelta, saliendo del despacho, seguido de Merry. Antes, sin embargo, se volvió desde el umbral, agregando—: No lo olvide, Guiroy: está usted jugando con fuego.

Cuando los hombres del F.B.I. salieron de la casa y subieron al automóvil, Mortimer Guiroy estaba observándolos desde una ventana.

—¡Malditos polizontes!... —exclamó.

Después, se volvió, y, sentándose tras la mesa de escritorio, dio un golpe al *gong* que tenía sobre ella. Al sonido acudió el criado que había abierto la puerta anteriormente. Quedó en el umbral en actitud expectante.

—Dile a Rankin que entre —le ordenó, de una forma categórica.

* * *

Cuando el coche arrancó, Pitzer lo llevó en dirección a Park Avenue. Al llegar ante el «Waldorf», lo detuvo.

—Vamos a dar un último vistazo a la habitación donde aparecieron los dos individuos asesinados.

Entraron. Pasaron ante el «comptoir» sin hablar una sola palabra, encaminándose directamente al ascensor.

Ante la habitación 1.221 se paseaba un detective, de paisano. Este conocía a los del F.B.I. Había recibido instrucciones sobre el particular.

—Hola, Gregory —saludó Pitzer—. ¿Hay algo nuevo?

—No. Todo está igual.

El llamado Gregory sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta.

La habitación estaba igual, solo que habían recogido los dos cadáveres y se los habían llevado la pasada madrugada a la Morgue de la calle Veintinueve.

—Ya está todo bien mirado —indicó el detective.

—Sí; ya lo sé.

Pasó su vista por los muebles de la habitación, miró una papeleta en la que se veían, arrugados y rotos, varios papeles y trozos de periódicos.

—¿Y eso? —añadió, señalando.

—El capitán Hicking, de la Brigada de Homicidios, los examinó personalmente —dijo Gregory—. En su informe habla de ello.

—Sí, Pitzer —recordó Slim Merry—. Son unos recortes sobre una fantasía morisca de la que se habla tanto en estos días.

—¿Sobre qué?

—Sobre las suposiciones que el vulgo está dando a esas misteriosas apariciones de los platillos volantes.

Pitzer no respondió. Acercóse a la papelera y volcó todos los papeles sobre una mesa. Después, los fue leyendo uno a uno.

—Esto no es ni más ni menos que lo que hemos leído estos días atrás. Una copia de todo nos pasaron al servicio federal.

Merry se acercó al inspector y miró por detrás de él.

—¡Bah, Pitzer! No creo que esto tenga algo que ver con el caso que nosotros llevamos.

—Desde luego, opino igual... Ahora que... —se detuvo y cogió un pequeño trozo de periódico.

En él se publicaban unas declaraciones de un tal profesor Dean Creighton sobre el apasionante caso. Debajo del nombre habían trazado unas líneas con un lápiz.

—¡Hum!... —gruñó entre dientes—. Esto no está reseñado en el informe de Hicking.

—Por lo menos yo no recuerdo haberlo leído —añadió Slim Merry.

—No; estoy seguro de que se lo ha pasado por alto.

Se metió una mano en el bolsillo superior de la americana, sacó una pequeña libretita y una estilográfica y tomó nota del nombre del profesor. Luego comentó, señalando el pedazo del periódico:

—Parece un «Morning», ¿verdad?

—Sí, eso parece —lo examinó—. No hay duda —siguió—: es un «New Morning». Aquí está el final de una crónica firmada por O'Connell.

—¿Quién es? —preguntó Pitzer.

—Loretta O'Connell, la entrometida repórter de sucesos de ese rotativo.

—¡Ah, sí, ya recuerdo!

Alan Pitzer guardóse el recorte del periódico.

Slim lanzó una ojeada por toda la habitación.

—¿Y ahora? —dijo, preguntando.

—Ahora iremos a visitar la redacción del «Morning». Allí podremos saber algo sobre este profesor.

Después de estas palabras, no se detuvieron mucho. Miraron nuevamente por las dos habitaciones y el cuarto de baño, sin encontrar nada de particular. Volvieron al salir al pasillo, encaminándose al ascensor. Antes, sin embargo, Pitzer dijo al detective que había guardado el apartamento.

—Oiga, Gregory: ¿no hubo nada nuevo en las otras habitaciones?

Gregory volvió la vista hacia el inspector del F.B.I.

—¿Las otras habitaciones?

—Sí, hombre, la del «valet», en el piso para la servidumbre, y la del otro asesinado.

—¡Ah, bueno, ya entiendo! Fueron revisadas igualmente, y el informe detallado se envió al Federal Bureau of Investigation de Washington. Creo que desde allí habrán pasado las órdenes e informes a la División de Nueva York, ¿no es así?

Estaban parados ante la cancela del hueco del ascensor. De espalda a ellos, limpiando el polvo a una estatuilla, había una camarera.

Slim la miró repetidas veces, aunque sin verla la cara, pues su figura le era vagamente familiar.

En ese momento paraba el ascensor.

Ya habían entrado Pitzer y Gregory en él, cuando al salir andando la camarera hacia el lado opuesto del pasillo, Marry lanzó un leve silbido.

—¡Diablo! —exclamó. Después agregó, dirigiéndose al «boy» del ascensor—: Oye, esa camarera, ¿es de este piso?

El muchacho la miró. Encogió los hombros.

—Pues... —quedó dudando—, no le puedo decir. En este piso hay más de treinta camareras; eso sin contar el personal masculino y las mujeres de la limpieza general.

—¡Diablo! —volvió a repetir Slim cuando el «boy» se disponía a cerrar el ascensor—. ¡Espera! —salió de la caja del mismo, pues ya había entrado en él.

—¿Trabajando? Dígame ¿trabaja para el «Waldorf» o para el «New Morning»? ¿No se llamará usted, por casualidad, Loretta O'Connoll y no fue usted quien descubrió los cadáveres y cuando acudía, según usted, al hotel para hacerle una entrevista a los ahora fallecidos?

Loretta O'Connoll, la bella e inquieta periodista, volvió la cabeza.

—¡Vaya, me falló la combinación! —dio media vuelta y siguió para el ascensor.

Se quitó la cofia y una especie de vestido negro, abotonado delante, y le entregó ambas cosas al ascensorista, junto con un billete de cinco dólares.

—Toma, muchacho —dijo—; deja estas prendas en el «office». De allí las recogí.

—Bien, usted tendrá que venir con nosotros —dijo el inspector.

—¿Detenida? ¡Formidable! El «Morning» será el único periódico que tenga su repórter de sucesos en la cárcel. Quizá allí dentro pueda hacer mis mejores reportajes.

—Déjese de bobadas, nena. Yo no trato de detenerla. Le estoy rogando, ¿comprende? R-o-g-a-n-d-o —deletreó—, que venga a hablar con nosotros de un asunto que puede interesarle. ¿Quiere o no?

—Claro que sí, inspector. Vamos.

Pitzer y Slim salieron del «Waldorf». Junto a ellos, Loretta O'Connell.

Cuando llegaron al automóvil, que habían dejado en un próximo aparcamiento. Alan preguntó:

—¿Tiene inconveniente en subir con nosotros, o prefiere que andemos?

—Soy periodista antes que mujer.

Slim la miró.

—Es una lástima —dijo.

—¿El qué es una lástima? —preguntó la muchacha, volviendo sus ojos azules hacia el joven.

Slim fue a responder, pero Alan Pitzer le ordenó que subiera al coche.

—Conduce tú —dijo—, Y usted, señorita, suba conmigo detrás.

Así lo hicieron.

—¿Ahora? —preguntó Merry.

—Sigue por la Quinta Avenida y métete en el Central Park.

—Con cuidado, joven —añadió Loretta—; no tengo ganas de romperme algunos huesos.

Slim murmuró alguna cosa que no llegaron a oír sus acompañantes.

—Bueno —dijo Pitzer, cuando el auto arrancó—; ¿quiere usted cooperar con nosotros?

Loretta, llevándose la mano al pelo, se lo arregló, de una forma maquinal.

—Oiga usted, Pitzer —dijo, de pronto—: voy a cooperar con el F.B.I.; pero de una forma diferente a como usted piensa.

—Estupendo. De cualquier manera, siempre estará al lado nuestro. Usted dirá.

La periodista abrió el bolso y sacó unos papeles.

—Pare el coche, «Sherlock Holmes» —habló para Slim Merry.

Este obedeció, llevándolo hasta el borde de la Avenida.

—¿Se apea? —dijo.

—No; es que quiero que oiga lo que voy a decir.

—Preferiría lo otro.

Loretta lanzó una mirada sobre la nuca de Slim, con unos ojos que brillaron coléricos.

—Casi estoy por marcharme; pero voy a «cooperar con el inspector Pitzer».

—Bueno, bueno, muchacha —dijo este—; cuéntenos su historia.

—No es mucho —hizo una pausa—. Usted sabe que quien descubrió los cadáveres fui yo, ¿no?

—Claro.

—Pues bien; cuando llegué para hacerle una interviú a esos dos científicos y vi la puerta entreabierta, me colé en el departamento. Fue entonces cuando encontraron dos hombres asesinados.

—Sí —respondió Pitzer—; esa es la versión que dio al capitán Hicking.

—Esa es la verdad... hasta ahora.

—¿Qué quiere decir?

—Esto: yo había ido a entrevistar a esos dos individuos, porque eran unos científicos de los que trabajaron cuando la guerra en los descubrimientos que se hicieron en Alemania sobre la desintegración del átomo. En otras palabras: años atrás fueron enemigos nuestros.

—¿Y por eso quería hacerles esa interviú?

—¡Oh, no! Se trataba de pedirles unas declaraciones sobre las opiniones que tenían en ese asunto de los platillos volantes.

Slim Merry, que había vuelto la cabeza para escuchar a la chica, lanzó una corta carcajada.

—¿Espera hacer un reportaje a los marcianos?

—Espero... Pero, ¡bah! usted es un aprendiz de policía, y no comprende ciertas cosas —la chica volvió a mirar al inspector, y continuó—: Este tema es de un interés general, y a nuestros lectores les agradecería saber la opinión de esos sabios.

—¿Qué consiguió?

—Ya le he dicho que los encontré muertos. Sin embargo, antes de dar la alarma tuve tiempo de echar un vistazo por la habitación.

—¿Curiosidad?

—No; celo profesional.

—¿Encontró alguna cosa?

—Sí, estos papeles. Resulta que me di cuenta de que en la mano de uno de los cadáveres había unos recortes de periódicos. Los cogí y pude ver que se trataba de una serie de reportajes sobre los platillos volantes y también había una nota sobre un tal profesor Creighton.

—Otra vez ese profesor —arguyó Merry.

—Sí —añadió su compañero—; primero encontramos su nombre subrayado en un recorte de prensa, y ahora, unas notas... —se detuvo—. Pero, bueno, vamos al asunto: ¿dónde está ese papel?

La muchacha alargó los papeles que había sacado de su bolso.

Alan Pitzer los ojeó. Pasó por alto los recortes, y sacó de entre ellos unas líneas escritas a máquina. Las leyó en voz alta, para que se enterara Slim Merry:

—«El profesor Dean Creighton vive en Niagara Falls, N.Y. Es interesantísimo ponerse en contacto con él. Trabajó en Bikini, en las pruebas de la bomba atómica. Actualmente trabaja en la construcción de una nueva arma, aunque se desconoce dónde».

Cuando terminó de leer, lanzó un prolongado silbido.

—Va a ser necesario hacer una visita a ese tal Creighton —dijo. Después añadió—: ¿Qué sabe usted de este profesor, jovencita?

—Como es lógico —explicó esta— he mirado los archivos de «Morning».

—Y bien, ¿qué encontró?

—Poca cosa. Se trata de un físico de cierto renombre. En la actualidad pertenece a la Comisión científica que estudia la desintegración del átomo.

—Muy interesante.

—Eso creí yo, y por eso le pongo en antecedentes de ello.

—Se lo agradezco —respondió Pitzer—. Pero le voy a advertir que si otra vez recoge algo de un sitio en donde no pueda tocarse nada hasta que se ordene... —se detuvo, y encogió los hombros. Luego continuó—: No se extrañe si su periódico tiene que pagar un buen abogado para que la saque del atolladero en que se pueda encontrar metida. No es por nosotros, claro; pero puede encontrarse con otros agentes más... cumplidores de la ley, ¿me comprende?

—Sí; gracias por su aviso. Ahora, si le parece bien, voy a rogarle que me dé prioridad en las informaciones para la Prensa.

—Ahora, amiguita entrometida, va a estarse quietecita, así como estos polizontes —dijo una voz que salía de un enmascarado, que con una amenazadora pistola ametralladora conminaba a los ocupantes del vehículo.

Slim Merry fue a reaccionar, pero enseguida aparecieron cuatro hombres más, armados, por ambos lados del vehículo.

Capítulo 2

EN LA TRAMPA

M

ORTIMER Guiroy, el «boss» del «gang» al que pertenecía Pat Rankin, se sentó tras la mesa cuando los hombres del F.B.I. salieron de su despacho biblioteca.

Tocó un «gong», y vino un criado, al que ordenó que hiciera pasar a Pat Rankin.

—Escucha, Pat —dijo en cuanto el individuo en cuestión apareció ante él—: los sabuesos del F.B.I. andan tras tus pasos.

—¡Cochinos polizontes! —exclamó Rankin—. No comprendo cómo han podido averiguar que yo estaba en el «Waldorf».

—El Federal Bureau of Investigation tiene muchos resortes para descubrir las cosas... Posiblemente, alguien te reconoció o... quizá —añadió, acercándose mucho a la verdad— has dejado huellas, y por ellas te han identificado.

—¡Maldición! Creo que eso es posible.

—Bueno, Rankin; lo cierto es que si te ponen la mano encima no lo pasarás muy bien. La Policía Metropolitana, por un lado...; los del F.B.I., por otro...

—Pero yo no quise «liquidar» a los dos fulanos... Me descubrieron cuando intentaba llevarme los documentos que le he traído, y no tuve más remedio que «silenciarlos».

—Sí, sí; ya lo sé.

—Yo creo, «boss», que debo desaparecer de la circulación por una larga temporada. ¿No le parece?

—¡Hum!... Con esos sabuesos detrás, no creo que tardes mucho en estar sentado en la «silla».

—¿Y qué se puede hacer, «boss»?

Mortimer se pasó el índice derecho por el cuello en una indicación clara y elocuente de lo que él pensaba.

—¿Liquidarlos? Es demasiado.

—Yo no digo tal cosa. Solo te hago ver los peligros que corres si esos hombres van detrás de ti.

—Podríamos enterarnos de qué es lo que saben.

—No es mala idea —respondió Mortimer—. Sí...; podríamos llevarlos

a donde tenemos al profesor Creighton. No creo que se nos resistan mucho.

—¿Cuándo?

—Yllona los sabrá seguir sin que ellos se den cuenta. Ya me telefoneará donde se encuentra.

Como si eso hubiese sido una invocación, en ese momento sonó el timbre del teléfono.

Guiroy, cogiéndolo, se lo acercó al oído. Habló durante unos segundos. Cuando volvió a colgar, una sonrisa iluminaba su rostro.

—En estos momentos han entrado en el «Waldorf» Astoria por la puerta de la calle Cincuenta. Llévate un coche, y te vas con algunos muchachos.

—Los...

Rankin hizo un movimiento con el índice doblado, imitando el apretar del gatillo de la pistola.

—Si no es necesario, prefiero que te los lleves al hotelito del Riverdale. Claro es que si no hay más remedio... Antes somos nosotros que todo el F.B.I. reunido.

Poco más dijeron después de esas palabras. Pat Rankin salió de la biblioteca y habló con unos atildados jóvenes que jugaban una partida de póker en una habitación contigua.

Veinte minutos más tarde, un coche negro se paraba en la intersección de la calle Cincuenta con la Park Avenue.

Solo llevaban allí unos cinco minutos, cuando vieron salir al inspector Pitzer y a Slim Merry, junto con la repórter del «New Morning».

El *gangster* que iba conduciendo puso el motor del automóvil en movimiento. Cuando el de los hombres de la Policía federal se puso en marcha, Pat Rankin ordenó:

—Síguelo, y que no se pierda de vista.

En ese orden fueron avanzando hasta que vieron cómo el automóvil que perseguían se detenía dentro del Central Park.

El coche de los pistoleros no se detuvo. Siguió marchando y, a una indicación de Rankin, entró por un camino a la derecha de la avenida por la cual iban.

No bien doblaron y perdieron de vista el otro auto, Pat hizo una indicación para que el coche se detuviera.

—¡Vamos; sin hacer ruido!

Los *gangsters* se apearon. Pat y otro individuo llevaban en las manos fundas de violines. Rodearon unos setos y macizos de boj, acercándose al vehículo de Pitzer silenciosamente.

Rankin abrió el estuche musical, sacando una «Thompson». La empuñó con manos firmes. Antes se cubrió el rostro con un pañuelo que sacó del bolsillo.

—Sacá tu «ukelele» —ordenó al otro que lo llevaba. Después añadió, siempre en voz baja—: Sin hacer ruido, acerquémonos por detrás del auto.

Efectivamente; todo salió como esperaban.

Alan Pitzer, al ver la situación, elevó los brazos hacia el techo del coche.

—¡Obedece! —gritó a Slim—. No hagas la más mínima resistencia.

—Sí. Eso es lo más sensato y cuerdo —habló uno de los enmascarados, pues todos se habían cubierto la parte inferior del rostro con pañuelos.

El Central Park, a la hora que se desarrollaban estos sucesos —ya eran cerca de las nueve, y la oscuridad iba avanzando—, no tenía gran movimiento. Aparte de eso, el coche de los agentes secretos estaba parado en una avenida que no era la más concurrida precisamente. Habían entrado en Central Park para cruzarlo —por haber menos tránsito— y salir a la Octava Avenida.

—Bien, señores —arguyó Pitzer, mirando al que parecía jefe de aquellos pistoleros—. ¿Sabéis qué os estáis jugando?

—¡Menos palabrería y vayan descendiendo del coche! ¡Vamos, rápido!

—¡Eh, amigos! —gritó Loretta O'Connoll, al tiempo que descendía del automóvil—. Que yo soy neutral en este asunto.

—Bueno, niña —respondió Rankin, sonriendo por debajo del pañuelo que le cubría el rostro—. Y tú, ¿quién eres? ¿Caperucita Roja? ¿O quizá Blanca Nieves?

—¡Oh, yo no soy más que... la novia de ese! —mintió la muchacha, con gran aplomo, señalando hacia Slim Merry.

—¡Bueno; ya veremos qué es lo que hacemos! Por lo pronto, no hagan el tonto, porque somos seis hombres con buenas armas. ¡Eh, tú, Joe! ¡Sácales los dientes a estos angelitos!

El aludido, que mantenía en su mano una pistola «Magnum», los cacheó rápidamente y les sacó las que llevaban bajo el sobaco. Luego se acercó a Loretta, y antes de que la muchacha comprendiera sus intenciones, le pasó su mano por el busto en busca de algún arma.

La periodista se puso encarnada. Sin encomendarse a nadie, dio un paso atrás y, extendiendo su brazo, soltó una fuerte bofetada, que sonó con un chasquido seco.

Joe lanzó una maldición. Se guardó la pistola y, acercándose a la joven con ademán amenazador, inició un insulto, que no pudo terminar.

Slim, perdiendo toda prudencia, bajó los brazos y sujetó al individuo por un hombro, haciendo que se volviera violentamente. Cuando lo tuvo frente a él, le atizó un magnífico «uppercut», que dio con él en tierra. Se desplomó como un fardo, quedando sin sentido.

—¡Quietos! —gritó Rankin a sus secuaces, que encañonaban amenazadoramente al muchacho—. Este individuo ha de servirnos vivo.

Además, a Joe le está casi bien empleado por ser grosero con una dama. Si el chico es el novio de ella, no iba a permitir ciertas familiaridades... ¡Vamos, recojan a Joe! ¡Al coche! Estos dos fulanos —añadió, señalando para los agentes del F.B.I.—, los llevamos con nosotros. ¡Hala! Adelante, y no llamar la atención.

Los dos prisioneros se miraron. Después caminaron tras uno de los pistoleros, que seguía a los que llevaban el inanimado cuerpo del llamado Joe.

—Venga con nosotros —dijo Rankin a la muchacha—. Le prometo que no le pasara nada.

Cuando el grupo llegó donde habían dejado el automóvil, Pitzer y Merry fueron obligados a entrar en él. A su lado se colocaron muy incómodamente dos *gangsters* con las pistolas apretadas sobre el cuerpo de los dos agentes. Joe, que había recuperado el conocimiento, lo hizo en el asiento delantero, lanzando sordas maldiciones y amenazas.

Rankin señaló a dos de sus compañeros.

—No cabemos todos —dijo uno de ellos.

—Precisamente —arguyó Pat—. En este momento iba a deciros que vosotros dos os marchéis a pie —miró su reloj de pulsera—. Os doy diez minutos para que os alejéis. Después partiremos nosotros.

—Bien. Ya estamos en marcha —y al decir eso, los dos pistoleros señalados se alejaron del auto.

El resto del grupo había subido al vehículo. Solo quedaron en tierra Rankin y Loretta O'Connoll.

—Le daré un consejo, jovencita. Lárguese y procure olvidarse de lo que ha visto. Y si ha pensado tomar la matrícula no pierda el tiempo porque es falsa.

Efectivamente, no bien el auto se alejó, el conductor del mismo oprimió un mando en el tablero y automáticamente cayó una chapa, sobre la matrícula, en la cual había un número totalmente diferente al que llevaba en ese momento.

* * *

Loretta O'Connoll quedó un par de segundos algo indecisa. Inmediatamente reaccionó. No como lo haría una mujer, sino como repórter de sucesos de un gran rotativo neoyorquino.

Cuando el auto de los pistoleros dobló hacia la avenida principal del parque, y Loretta comprobó que tomaban la dirección de la Octava Avenida, se subió las faldas por encima de las rodillas, y se lanzó en una carrera hacia el auto que los del F.B.I. habían dejado abandonado.

Subió a él, y dio un suspiro de satisfacción al comprobar que la llave de

contacto no había sido retirada del tablero de mandos. Rápidamente lo puso en marcha, y pisando a fondo, llevó el automóvil en la misma dirección por dónde había desaparecido el otro.

Loretta no perdió de vista al auto de los *gangsters*, y así, en ese orden, el coche donde llevaban a los dos agentes del F.B.I. entró en Riverdale. Al llegar a la avenida Palisade aflojó la marcha, deteniéndose ante un hotelito rodeado de un jardín.

La periodista no cometió la equivocación de detener su automóvil. Todo lo contrario; pisó más y pasó rauda por delante del coche que había ido persiguiendo. Aún pudo ver cómo el vehículo entraba en el jardín, después de que le hubieron abierto la verja que cerraba su acceso.

La chica siguió con el coche hasta que se perdió de vista, detuvo el auto al lado izquierdo de la avenida, se apeó y pensó qué debía hacer.

Volvió a subir al automóvil, rebuscó por las bolsas de las portezuelas, sin encontrar nada que pudiera servirle. Por fin, al meter la mano en la redecilla que tenía sobre su cabeza, halló una pistola de reglamento dentro de una funda de cuero.

Loretta sacó el arma, comprobando que estaba cargada. La puso a punto de disparar, y, con el seguro puesto, la metió en su bolso. Luego caminó hacia la casa en la cual habían metido a Pitzer y a Slim Merry.

* * *

Mortimer Guiroy había llegado a la casa de la avenida Palisade, en Riverdale, mucho antes de que Pat Rankin y sus secuaces trajeran a los dos agentes federales. Metió su automóvil en el jardín y, apeándose, se encaminó hacia la entrada del hotelito. Abrió la puerta.

Pasado un pequeño *hall*, atravesó un arco y entró en un «living-room».

Sentado en un rameado diván, había un hombre, que se levantó al verle entrar.

—¡Hola, Guiroy! Acabo de llegar, pues enseguida que recibí su aviso telefónico tomé el coche, viniendo hacia acá.

—Escuche, Nagel —habló el recién llegado por todo saludo—: las cosas se están poniendo de una forma que no sé cómo va a terminar todo esto. El F.B.I. anda tras nosotros.

—¿El F.B.I.?

—Sí; y he tenido que ordenar que atrapen, a dos de ellos y los traigan hacia acá.

—¿Por qué? ¿No se ha precipitado usted?

—Escuche usted, Nagel —repitió el «boss»—: mis muchachos están a su disposición, porque nos paga lo que yo le he pedido. Yo no sé nada de sus negocios; es decir, sé que está al servicio de una potencia extranjera y...

El llamado Nagel —Roscoe Nagel —dijo, violentamente:

—¡Calle! ¡Esas son cosas que no se pueden decir en ningún sitio!

—No se enfade. Expongo la situación con toda rudeza.

Rankin, al matar a esos dos extranjeros, nos ha puesto al borde de la silla eléctrica.

—¿Por qué lo hizo? ¡Eso no fue lo que yo ordené!

—Exactamente; pero fue descubierto en el momento en que se apoderaba de todos los apuntes sobre esos endiablados platillos volantes, y no tuvo otro camino a seguir. O ellos, o él.

—Bueno —arguyó Nagel, apaciguándose gradualmente—; al fin y al cabo, esos individuos eran unos agentes secretos que hacían servicio de espionaje en los Estados Unidos en beneficio de su patria.

—Sí; y, ¡por todos los diablos! que más hubiera valido que no fuera así.

—No lo entiendo. ¿Por qué?

—Porque es casi seguro que, precisamente por eso, el asunto ha pasado al Federal Bureau of Investigation.

—Bueno; lo que sea, lo hemos de averiguar enseguida. El F.B.I. no se duerme.

Mortimer Guiroy quedó en silencio. Ambos individuos permanecieron en una larga pausa. Fue rota por Roscoe Nagel, quien, tras estar unos segundos escuchando, dijo:

—Me parece que ya están ahí.

El «boss» no respondió. También había oído el ruido producido por el automóvil al parar.

Sin decir una sola palabra, se levantó del diván en donde había tomado asiento al llegar. Apagó la luz del «living» y con sumo cuidado, acercóse a los cristales de la ventana que daba al jardín.

Observó minuciosamente a los que acababan de llegar. Vio cómo entraba el automóvil en el interior de la propiedad. Solo entonces, cuando se aseguró de que eran sus hombres, volvió a encender la luz eléctrica.

—Bien —dijo—; ya los tenemos ahí.

—¿Y ahora? —preguntó Nagel, al tiempo que también se ponía en pie y se acercaba a su interlocutor.

—Ya se lo he dicho. Hay que averiguar qué es lo que estos hombres saben. De eso depende todo.

—¿Y usted?

—¿Yo?... ¿A qué se refiere?

—¿Se va a descubrir ante esos dos agentes del F.B.I.?

—Pues... —quedó pensando por unos instantes—, pues sí. Al fin y al cabo, de nuestras manos no han de salir más.

—A mí, sin embargo, no me interesa. Procure que no se hable una sola palabra respecto a mí. ¿Entendido?

—Entendido. Pierda cuidado, pues a usted no lo conoce nadie más que Rankin y yo. Los otros muchachos no saben para quién trabajan.

—Me marchó, Guioy. Me quedaré unos minutos en la habitación de al lado. Ya hablaremos mañana en su casa del Riverside Drive.

—Bien, Nagel; como le parezca.

Unos minutos después, Mortimer veía entrar en la habitación donde se encontraba a Alan Pitzer y a Slim Merry. Tras ellos, Rankin y sus hombres.

—¡Vaya, vaya! —exclamó por todo saludo—. Aquí tenemos a los dos diligentes miembros del F.B.I., ¿eh?

Pitzer fijó sus ojos en los del *gangster* y le fue hablando, muy lentamente:

—En su casa le dije que estaba muy cerca de la silla eléctrica, Guioy. Ahora se lo confirmo más todavía.

—¡Calle! —le ordenó, perentoriamente—. Solo dirán lo que yo les pregunte.

Slim lanzó una carcajada, y despreocupadamente habló:

—Es usted un gran optimista. No se ha dado cuenta de que, con esto que ha hecho, se ha echado todo el F.B.I. tras sus huellas. Además, claro está, de la Policía Metropolitana.

Mortimer acercóse, descompuesto, al muchacho. Alargó el brazo, dándole un puñetazo en las mandíbulas, haciéndole retroceder unos pasos.

Slim lanzó una maldición; pero unas pistolas, que aparecieron en las manos de aquellos hombres, lo contuvieron.

—Escuche, Guioy —habló Pitzer, con más calma que su compañero—. ¿Qué es lo que quiere usted de nosotros?

—Poca cosa. Dígame qué es lo que saben de este asunto y les pondré en la calle.

—Es usted muy infantil. ¿Cree que pienso que lo va a hacer? Sabemos demasiado para que eso ocurra. Ya ve que buscábamos a Rankin y, al fin, lo hemos encontrado.

—Pero no le servirá de nada —arguyó el aludido, que estaba con una pistola en la mano frente a ellos.

—Sí; es posible —respondió Pitzer—. Pero no olvide que si nosotros caemos, vendrán nuevos muchachos del F.B.I. a vengarnos. Y si esos caen a su vez, otros cubrirán sus puestos. Cuando el Federal Bureau of Investigation sigue una pieza no se para en nada.

—¡Cállese de una vez, maldita sea su alma! —gritó Mortimer—. Yo sé un procedimiento para hacer hablar a un mudo y, si me interesa, también para hacer callar a un charlatán.

Fue a seguir hablado; pero una voz, que salió de la próxima habitación, hizo que callara. Era Nagel, quien, sin asomarse, le llamaba a su lado.

Guioy obedeció. Cruzando una puerta, se encontró ante el individuo

que movía todos los hilos de aquel asunto.

—Oiga, Mortimer —dijo aquel—: he escuchado lo suficiente para saber que los dos individuos juntos no dirán nada. Llévase al más joven, y deje aquí a Pitzer.

—¿Por qué?

—Porque de esa forma es más factible que averigüemos algo.

—Bien; lo haré. Rankin se lo llevará a...

—A la casa de Long Island —le interrumpió—. Allí está preparado el helicóptero de Duchesne. Llévase esta misma noche para Apostable Island.

—¿Y el otro?

—El otro ya pensaremos qué se hace. Por lo pronto que se lleven al más joven.

Guiroy llamó a Rankin para darle unas breves órdenes.

—De esa forma —terminó—, tú también te quitas por una temporada de la circulación.

—Bien, «boss». Creo que eso es ponerse en razón. Ahora mismo me llevo a ese entrometido polizone.

—Llévate a un par de chicos.

—Ya lo había pensado —quedó callado por unos segundos, y agregó—: ¿«Paseo» al otro antes de irme?

—No; de ninguna forma. Este nos va a ser más útil vivo.

—No se demoren, Rankin —habló Nagel—. Para el amanecer deben estar en el Michigan.

—Ahora mismo nos vamos.

—Yo también —agregó Nagel—. Estaré en el «baquet» del coche. Iré con vosotros hasta Long Island, para convencerme de que no ocurre nada de particular.

Cinco minutos más tarde, el auto de los *gangsters* salía de aquella finca. En el interior iba, fuertemente maniatado, Slim Merry, al cual le habían puesto una especie de mordaza, para evitar que pudiera gritar. Delante, en el «baquet» del auto, iba Roscoe Nagel. Detrás, Pat Rankin y otro pistolero, quienes apretaban el cañón de sus armas sobre las costillas del joven agente secreto.

Capítulo 3

UNA REPORTER INTREPIDA

E

N el mismo momento en que el coche salía del jardín de aquel hotelito, Loretta O'Connoll se encontraba dentro del jardín, aunque en la parte trasera del edificio.

Loretta había montado el arma, y, con ella dentro del bolso, se acercó a la verja que rodeaba la casa en donde había entrado el auto que siguiera tan audazmente.

Sin pensarlo un solo momento, trepó por los hierros. Le fue relativamente fácil, pues unos adornos en ellos le sirvieron perfectamente para asegurar los pies, ya que se había quitado los zapatos y los había dejado al lado de la verja, junto al bolso, en un lugar donde podría recogerlos desde el interior.

Cuando pisó la grava del jardín se volvió a calzar, sacó la pistola de su bolso y, con ella en la mano, continuó avanzando hacia el edificio por la parte posterior. Llegó hasta una puertecilla, que supuso que era la empleada por el servicio, la empujó, pero estaba cerrada. Se acercó todo lo posible a la pared, y fue rodeando la casa.

En ese momento sintió cómo se ponía en marcha un automóvil. Lanzó una ahogada exclamación, pues pensó rápidamente que marchaban todos los pistoleros, llevándose a sus prisioneros.

La periodista avanzó unos pasos hasta llegar a la esquina de la casa, asomándose con precaución a la parte delantera del edificio.

Aún pudo ver cómo salía el auto del jardín, y, quedando parado unos segundos, un hombre se apeaba para volver a cerrar la verja. Pero también vio que aún había personas dentro de la casa; lo delató la claridad de la luz que salía por los cristales de una ventana de la planta baja.

Loretta O'Connoll se acercó al edificio con sumo cuidado. Fue levantando la cabeza poco a poco, hasta poner sus ojos a la altura del alféizar. Pudo ver al inspector Pitzer y a Mortimer Guiray que hablaba con él. También acertó a descubrir a un par de hombres, que estaban junto a una puerta de espaldas a esta, con sendas pistolas en sus manos.

La muchacha no se detuvo a pensar mucho. Separóse de la ventana, llegando hasta la puerta de entrada por dónde había salido momentos antes el grupo que llevaba a Slim Merry, aunque ella no se había dado cuenta de

quiénes eran los que iban en el auto.

Hizo una leve presión sobre la puerta, comprobando que estaba abierta. Sin encomendarse a nadie, la abrió lo suficiente para poder introducirse por ella.

Se encontró en un pequeño *hall*, débilmente iluminado; sintió unas voces que salían por un arco cubierto por unas cortinas, que se veían en un lado de aquella especie de vestíbulo.

Fue acercándose poco a poco. En su mano derecha empuñaba firmemente la pistola que encontrara en el auto.

Cuando se hubo situado tras las cortinas, las apartó con gran cuidado algunos milímetros, los suficientes para echar una ojeada al interior de la habitación.

En ese momento, Mortimer Guiroy decía a su prisionero:

—Bien, Pitzer. Vaya diciendo qué es lo que sabe el F.B.I. con respecto a nuestra actuación en ese asunto que andan investigando... Comprenderá que, después de haberme descubierto ante usted, no voy a pensarlo mucho, si necesito barrer elementos peligrosos de mi camino.

—¿Adónde han llevado a mí compañero? —preguntó el inspector.

—No se preocupe. Por lo pronto, a dar un paseíto... Luego...

Calló, porque una voz les dejó sorprendidos. Era Loretta, que al mismo tiempo que apartaba las cortinas y entraba en el «living-room» con la pistola por delante, gritaba:

—¡Se equivoca! ¡Y ustedes no se vuelvan, porque les meto todo el plomo que tengo en mi pistola en sus anchas espaldas! —agregó para los dos pistoleros, que efectivamente estaban de espalda a las cortinas por dónde ella había entrado—. ¡Vamos! —conminó, más enérgicamente—. Suelten sus armas y levanten los brazos rápidamente. Si no obedecen, empiezo a disparar.

Y quizá, para dar más firmeza a sus órdenes, oprimió el gatillo, soltando un tiro al aire, que hizo que los dos pistoleros tiraran sus armas, dejándolas caer al suelo, y levantarán los brazos con gran celeridad.

Mortimer Guiroy, al darse cuenta de lo sucedido, actuó con rapidez. Aprovechó matemáticamente el momento en que Alan Pitzer se interpuso entre el cañón de la pistola de Loretta y su cuerpo, al ir este a recoger una de las armas que habían tirado sus enemigos, y de un felino saltó desapareció tras la puerta que daba a la habitación en donde anteriormente se ocultaba Roscoe Nagel. La cruzó, cerrándola tras de sí. No se detuvo ni titubeó un solo momento. Se dirigió a la ventana y, abriéndola, saltó al jardín. Corrió por este, escalando la verja por un lateral del mismo.

Cuando Alan Pitzer pudo hacerse con un arma, y con ella en la mano se acercaba a la puerta por dónde había huido el «boss», ya este desaparecía por una de las solitarias calles que daban a la avenida Palisade, del

Riverdale.

Al ver cerrada la puerta por el otro lado, el inspector Pitzer se volvió a la muchacha.

—¡Quítese de delante de las cortinas! ¡Pronto!

La repórter obedeció rápidamente. Después agregó:

—Creo que he llegado a tiempo, ¿eh, inspector?

—Endiabladamente a tiempo, *miss* O'Connell... Vigile bien a estos dos angelitos, y, si se mueven, no dude en meterles todos los plomos de su pistola en sus asquerosas tripas —se detuvo—. Tome otra pistola —agregó, al mismo tiempo que le entregaba una de las que él tenía—. Así podrá apuntar a los dos al mismo tiempo. Yo voy a dar una vueltecita por la casa... ¡Ah!... Si tiene que disparar, hágalo al vientre. Se pone fuera de combate rápidamente y se tiene menos probabilidades de fallar el tiro.

—No se preocupe. Eso haré.

Pitzer fue a salir. Antes examinó su pistola, y amarró a los dos *gangsters* con el cordón de una cortina.

—No tardó. Aunque creo que ya no habrá nadie por aquí, voy a echar un vistazo.

Como pensaba, encontró totalmente desierto el resto del edificio. Y cuando regresaba al lugar donde había dejado a Loretta, guardando a los dos pistoleros, sintió cómo esta hablaba.

—Sí, Miky —decía la muchacha—. Tienes el mejor repórter de la Redacción. Prepara la primera página de la edición de mañana para la mejor información que ha dado tu periódico en muchos años... Sí; puedes ir haciendo los titulares: «Nuestros repórter de sucesos, Loretta O'Connell —hizo un inciso— (mi nombre en mayúsculas, ¿eh?), salva de las garras de unos peligrosos pandilleros a un miembro del Federal Bureau of Investigation...» Sí, sí, Miky. En estos momentos tengo una pistola en la mano y estoy apuntando a dos rufianes... ¡Idiota! ¡Claro que no he bebido! Si no quieres perder la mejor información de tu vida, haz lo que te he dicho.

Alan Pitzer irrumpió en el «living».

—Bien, señorita. Veo que no pierde el tiempo.

—¡OH, no! El lema de nuestro periódico es: «Rapidez, rapidez y rapidez».

—Claro, y por eso anticipa la noticia, ¿no es así?

—Podrían «pisármela». Pero... ahora que recuerdo, un momento —volvió a ponerse el auricular en el oído—. Sí, sí. Voy a colgar, Miky... No es nada... Sí; el hombre del F.B.I. que he salvado... Bueno; resérvame dos columnas en la primera página... Adiós.

No dijo más, y colgó el teléfono.

Loretta se había colocado frente a los dos pandilleros, y hablaba sin

dejar de apuntarles con una de las pistolas que conservaba en la mano derecha. La otra la había dejado sobre la mesita del teléfono a fin de poder descolgar este y marcar el número.

Pitzer habló a la muchacha.

—¿Cómo ha llegado tan a punto?

—En su coche.

—¿En mi coche?

—Sí; lo tomé en el parque, y vine tras el que los traía a ustedes... Pero... ahora que me doy cuenta, ¿y su compañero?

—Se lo han llevado. No debemos perder tiempo. ¿Ha dejado el auto muy lejos?

—No; en un camino próximo.

—Vaya por él. Hemos de actuar con toda rapidez.

Loretta O'Connoll obedeció prestamente.

Pitzer, al quedarse con los pistoleros, sin dejar de amenazarlos, se acercó al teléfono. Marcó un número, y habló unas palabras por él. Antes de colgar, agregó:

—Escuche: díglele al capitán Hicking, de la Brigada de Homicidios, que aquí, en esta casa, tengo dos regalos para él... Sí; los dejaré solos, aunque bien ataditos. No puedo perder tiempo en llevarlos a Centre Street... No, no. Tampoco a la Comisaría de Riverdale. Aquí se quedan. Las señas se las daré dentro de cinco minutos. Mientras tanto, avise la capitán Hicking... Hasta pronto, sargento. Adiós.

Unos minutos después, Alan Pitzer, al volante del auto, y Loretta O'Connoll, a su lado, partían del hotelito de la avenida Palisade. Antes de eso, y tras comprobar la numeración y nombre de él, el inspector telefoneó nuevamente a Centre Street con instrucciones concretas.

* * *

Alan Pitzer detuvo el vehículo frente al «elevado» de la Tercera Avenida. Volvió la cabeza hacia Loretta.

—Escuche, nena: por su propio gusto se ha metido usted en un hermoso lío que...

—El mundo está lleno de desagradecidos. Si no es por mí, a estas horas sabe Dios dónde estaría usted.

—No, no; no me entiende. Le quiero decir que ahora ya está metida hasta la cintura en este asunto. Y debe seguir en él hasta el final.

—No deseo otra cosa. Quiero que se hable en Nueva York del repórter de sucesos del «Morning».

—¡Hum!... ¡Siempre con el periódico por delante! Yo le prometo que tendrá las mejores noticias de toda la Prensa neoyorquina... Por lo menos,

en lo que concierne a nosotros. Pero ahora de lo que se trata es de salvar a Slim Merry.

Por los ojos azules de la muchacha pasó una ráfaga de tristeza.

—¡Pobre Slim! —exclamó—. Estoy dispuesta a todo. Usted manda.

—Gracias —calló, y puso nuevamente el coche en marcha. Lo llevó lentamente hasta el cruce de la calle Veintiocho. Luego, al doblar hacia esa calle, continuó hablando—: Yo podría utilizar una de las chicas de la Metropolitan Police; pero la prefiero a usted. Se trata de ir al club nocturno donde trabaja la... novia de Mortimer Guiroy. Observadla cuidadosamente, y no perder de vista a toda persona que se acerque a ella. Es seguro que Guiroy se pondrá en contacto con Yllona de la Forest. Pero como se ha puesto al margen de la Ley, es de presumir que se oculte, y no vaya por su casa. Sin embargo, sí tratará de verse con ella.

—Pero si vamos a ese club nocturno, en muy posible que a usted lo reconozcan.

—Exactamente; por eso yo vigilaré en la sombra. Es usted la que debe ir.

—¿Con un policía?

—¡Oh, no! Preferiría que fuera un amigo suyo en quien se pudiera confiar.

Loretta quedó pensativa. Después levantó la cabeza un poco, y exclamó:

—¡Ya lo tengo! Oiga, Pitzer: lléveme a Times Square —hizo un inciso—. ¿En dónde está ese club?

—En el Broadway. Es el «Maynards Club». Se halla enclavado unas veinte yardas antes de llegar al «Astor Roof».

—Bien, Pitzer. Déjeme frente al «Morning». Ya tengo el hombre que me ha de acompañar. Me llevaré a Miky, nuestro editor, director, redactor jefe, etcétera.

—No hace falta tanta gente. Con uno solo...

La repórter soltó una carcajada.

—¡Oh, no me ha entendido! Miky es todo eso. Es un hombre tan dinámico y tan amante del «Morning», que ocupa todos esos cargos al mismo tiempo —se apeó del auto. Alargó la mano—. ¿A qué hora debo estar allí?

—Son... —Pitzer miró su reloj de pulsera—, son las diez y veinte. Creo que si consigue estar bailando a las doce será lo mejor.

—Lo intentaré. Aunque tengo que ir a mí casa a cambiarme de ropa.

—Se me ocurre una idea —añadió el inspector del F.B.I.—. Le voy a mandar un coche nuestro. Así irán protegidos por el que hará de chófer, que seguramente seré yo.

—Bien; como le parezca. Usted es el que lleva la dirección de esto. ¿A

qué hora irá a recogerme?

—¿En dónde vive usted?

—En «Gilmor Apartments», State Street, Brooklyn.

—No lo olvidaré. Tendrá el auto a su puerta a las doce y treinta. Vive un poco lejos, y así tendrá tiempo suficiente.

—Gracias, Pitzer. Piensa usted en todo.

—En mi profesión no podemos olvidar los pequeños detalles. Ahora, a trabajar, y, ¡por Dios! que no le haya ocurrido nada a Merry, porque si es así...

Calló, dejando flotar una amenaza en el aire, que preconizaba su actitud.

Loretta O'Connoll entró en el «New Morning Building».

Unos segundos después, Alan Pitzer desaparecía en su coche, en dirección a Centre Street. Iba a charlar un poco con el capitán Martin Hicking, de la Brigada de Homicidios.

Capítulo 4

APARECEN LOS «D-X-22»

M

IENTRAS tanto, Slim Merry vivía una de las más extraordinarias aventuras de su vida.

Cuando salió de la casa donde había quedado el inspector Pitzer, lo metieron en el automóvil, que ya estaba preparado en el jardín de aquella mansión. Roscoe Nagel iba al volante.

No bien Slim quedó acomodado entre Pat Rankin y otro pistolero, el cual apoyó el cañón de un arma sobre las costillas del muchacho, el auto partió.

Cuando llegaron a Long Island, ya había transcurrido más de una hora. Cruzaron Long Island City, y, un par de millas después, el automóvil entraba por un camino particular que se apartaba a la izquierda de la carretera.

Lo fueron siguiendo hasta que llegaron a una casa de señorial aspecto. Era una especie de residencia veraniega, con unos hermosos terrenos que la circundaban.

—Vamos amigo —dijo Rankin, cuando el coche se hubo parado—. Hemos llegado.

Se fueron apeando del automóvil.

Nagel habló, dirigiéndose a un hombre que había acudido a la llegada del coche:

—Oye, Peter: ¿está Duchesne?

—Sí, señor. Dentro de la casa.

—Esperadme aquí —dijo Roscoe Nagel, mirando a Rankin.

Anduvo unos pasos, hasta que llegó al interior del edificio. En ese momento salía otra persona de la casa.

—¡Hola, míster Nagel! —saludó al encontrarse con él. Lo vi por una ventana, y he bajado rápidamente.

—¡Hola, Duchesne! —respondió—. ¿Tiene a punto el aparato?

—Mi helicóptero siempre está preparado para viajar... ¿Salimos con él?

—Sí; inmediatamente.

—Bien; voy a calentar los motores —hizo una pequeña pausa, para preguntar, con indecisión—: ¿Vamos muy lejos?... Lo digo por el combustible. Si es necesario, llenaré los depósitos de reserva.

—Sí; tendrás que hacerlo. Llena los tanques supletorios, porque vas a ir a Wisconsin.

—¿A Aportable Island?

—Exacto. Te vas a llevar a un entrometido que hay que quitar del tráfico por algún tiempo.

—Bien, usted manda —volvió la cabeza, dirigiéndose hacia el llamado Peter—: ¡Eh, tú...: ven conmigo! Has de ayudarme a pasar la gasolina de unos barriles a los depósitos del aparato.

—Que te ayuden también estos —indicó Nagel, señalando a los dos hombres que habían venido con él. Después agregó—: Yo solo me basto para cubrir a este cachorro.

Fue obedecido. Rankin y el otro *gangster* acompañaron al aviador.

A unas cien yardas del cuerpo principal del edificio veíanse unas modernas dependencias de forma rústica, que en un tiempo ya pasado sirvieron de caballerizas para el entonces propietario de la casa, gran aficionado a las carreras de caballos.

Frente a estos establos había una gran explanada, que sirvió para las pruebas y entrenamientos de los animales. Sobre el césped posábase un moderno aparato de aviación. Era un helicóptero, cuyas hélices horizontales estaban cubiertas por una lona que cubría casi todo el aeroplano. El piloto acercóse a él. Con ayuda de sus acompañantes, descubrió el aparato. Luego, a una voz suya, se encaminaron hacia los próximos edificios.

Cinco minutos después volvían a salir, empujando una especie de carrito mecánico, donde iban dos grandes bidones de nafta. Sobre el mismo carro, una bomba para trasegar el líquido a los depósitos del helicóptero.

Mientras tanto, Nagel le había quitado la mordaza a Slim Merry.

—Siento todo esto —dijo—; pero ha sido necesario, para que no pudiera llamar la atención en el camino.

—Escuche —arguyó Merry—: esto que está haciendo le va a costar bastante caro. El secuestro de una persona es algo muy serio.

—No se preocupe. También nosotros somos listos y tenemos triunfos en nuestro poder... Ahora —añadió al ver que venía Rankin hacia él— apéese del coche y vaya delante de mí hacia donde se ve aquel helicóptero... ¡Vamos, no se demore! —agregó al ver que el joven no obedecía rápidamente.

Slim obedeció de mala gana. Se apeó del automóvil, encaminándose hacia donde le habían indicado.

El aparato era un helicóptero con cabina cerrada. Tenía capacidad para tres pasajeros, a más del piloto. El joven agente del F.B.I. subió al mismo.

Unos momentos después este se elevaba. Dio un par de vueltas sobre la casa, y enseguida enfiló la proa hacia su destino.

Junto a Merry iba sentado Pat Rankin. Detrás, el *gangster* que había venido con ellos. Delante, el llamado Duchesne, pilotando el helicóptero.

Ocho horas más tarde, después de haber tomado tierra para pasar la gasolina de los tanques auxiliares al depósito que iba al motor, Slim Merry pudo ver por la ventanilla que volaban sobre una gran extensión de agua.

Cuando salieron de Nueva York aún no sería medianoche. En ese momento, Slim, al echar una mirada a su reloj de pulsera, se dio cuenta que ya eran las ocho de la mañana. La vez que aterrizaron, en la oscuridad, pudieron hacerlo fácilmente debido a las hélices horizontales, que permitieron tomar tierra casi con el aparato parado. Aparte de ello, comprendió que el aviador era un experto piloto.

Nuevamente inclinó la cabeza sobre el cristal de la ventanilla y contempló la extensión de agua que veía a sus pies. Hacía algo más de una hora que habían pasado próximos a una gran ciudad, cuyas innumerables chimeneas se veían arrojando humo, tendiendo, a veces, una gran neblina sobre las altas construcciones. Más por eso que por otra cosa, Merry comprendió que era Chicago. Fue confirmado en su creencia al poder divisar los grandes elevadores de granos que había en el puerto, escalonados a todo lo largo de él.

Volaron sobre el lago Michigan y así siguieron hasta que atravesaron la península que forma el Estado del mismo nombre. Una hora después volaban por encima del lago Superior.

Desde la altura, Slim veía un grupo de islas que están situadas al Noroeste de Bayfield, en Wisconsin. Era el grupo llamado Aportable.

El helicóptero voló sobre ellas hasta llegar a una de las más retiradas de la costa. Hizo unas evoluciones sobre la misma, tomando tierra en un pequeño espacio que había entre unos edificios.

—Bueno, ya hemos llegado. Ahora, a ser buen chico.

Desde el edificio más grande habían salido dos individuos al sentir el motor del aparato. Se acercaron a este no bien tomó tierra.

Rankin abrió la puerta de la cabina.

—¡Hola, muchachos! —saludó al ver a los que esperaban—. Aquí os traigo otro huésped. ¡Vamos, vaya apeándose! —ordenó al joven.

Merry obedeció sin despegar los labios. Descendió, quedando en medio de Pat y del otro acompañante que había bajado detrás de él.

—¿Todo bien? —preguntó Rankin.

—Sí —respondió uno de los hombres que ya estaban allí—. Aunque ayer intentó escapar el que trajo Mortimer hace unos días, le echamos la zarpa en el momento que intentaba subir a una canoa.

—Lo «convencimos» —agregó el otro— para que fuera buen chico y no intentara otra vez semejante aventura. Creo —siguió con una desagradable sonrisa— que lo conseguimos.

—Bien, bien. Vamos hacia dentro. ¿Y los otros muchachos? —preguntó Rankin.

—Algunos están en la cama. Otros fueron a tomar un baño a la próxima playa.

—Escucha, «Bloody»²: este individuo es de cuidado. Si consigue escapar...

—¡Bah!... Aún no nos conoce. Ni aunque fuera un águila lo conseguiría.

—Es más que eso; es... un hombre del F.B.I. —lo interrumpió Rankin —. Un puerco polizonte.

El llamado «Bloody» miró curiosamente al muchacho.

—¡Bah!... —repitió—. Te digo que aún no me conoces. Casi, casi desearía que lo intentara. Te prometo que no le quedarían ganas de repetir la hazaña —hizo una pausa—. Pero bueno, Rankin, ya hablaremos más despacio de este angelito.

El grupo se puso en marcha. Unos segundos después entraban en la casa de la cual habían salido los dos pistoleros al llegar el helicóptero.

Eran algo más de las nueve y media de la mañana.

* * *

Cuando Alan Pitzer dejó a Loretta O'Connoll en la puerta del «Morning Building» llevó su coche en dirección a la Comisaría General de Policía, en Centre Street.

Detuvo el automóvil junto a las puertas centrales del edificio (hay tres juntas, puertas que en invierno son sustituidas por unas giratorias), y entrando por la de en medio cruzó el amplio *hall*. Se detuvo ante uno de los ascensores que prestan servicio. Cuando este llegó y fueron abiertas sus puertas por el «boy» encargado de tal menester, Pitzer dejó que salieran las personas que traía. Luego entró en él.

—¡Piso siete! —dijo.

Al llegar a la citada planta atravesó el pasillo en grandes zancadas, hasta que llegó a una puerta, en la que había un letrero con estas palabras escritas: «Metropolitan Police. Brigada de Homicidios. Capitán».

Entró en la oficina. En el antedespacho habló unas palabras con una muchacha que tecleaba en una máquina de escribir.

—Hola, Eve. ¿Está míster Hicking?

—No; pero dejó dicho que si venía usted lo esperara. Estaba decidido a buscarlo si no lo encontraba.

Alan Pitzer conocía a la muchacha. No hacía mucho tiempo que había trabajado en un caso en el que intervino la Metropolitana y la Federal.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó.

—No lo sé; pero insistió bastante en que tenía que hablarle.

Unos minutos más tarde, Alan Pitzer se encontraba sentado ante una mesa despacho. Frente a él, en otro sillón, el capitán de la Brigada de Homicidios.

—Hace unos minutos que han salido unos muchachos para Palisade Avenue —dijo Hicking—. Recibí su aviso telefónico. ¿Qué es lo que ha ocurrido?

Pitzer le contó lo sucedido con Mortimer Guiroy y Pat Rankin. Luego, agregó:

—¿Cómo no ha ido personalmente?

—Tenía que esperarlo. Hay algo nuevo. Los que ha agarrado en Riverdale ya cantarán cuando me los traigan. He ordenado que se queden unos hombres allí, y mañana por la mañana iré yo. Pero no se trata de eso.

—Usted dirá.

—Es poca cosa, pero que por estar ligado al caso del «Waldorf Astoria», creo lo que debe conocer —respondió, al mismo tiempo que sacaba un cigarrillo de una caja que había sobre la mesa. Se lo llevó a los labios y lo encendió—. El caso es —siguió— que puede ser coincidencia; pero yo no lo creo así.

—Bien, veamos de qué se trata.

—¿Recuerda usted el nombre del profesor Dean Creighton?

—¿El profesor...? ¡Claro que sí! Es ese el nombre que hemos encontrado señalado con lápiz rojo en los recortes de periódicos que recogimos de una papelería en la habitación donde asesinaron a los dos individuos extranjeros, ¿no?

—Exacto. Eran unas declaraciones de este profesor sobre el asunto de los platillos volantes.

—Sí, siga.

—Pues bien: esta tarde, sobre las seis, se ha presentado en la Sección de Personas Desaparecidas una hija de ese tal Creighton. Ha denunciado que su padre hace dos días desapareció sin dejar rastro alguno.

Pitzer plegó los labios y lanzó un leve silbido.

—¡Diablo! —exclamó—. Verdaderamente, es una coincidencia. ¿Estarán ligados ambos asuntos? —se detuvo. Quedó pensativo—. Escuche, Hicking: no le he dicho que he estado junto a Pat Rankin.

—¿Cómo? Pero si Pat...

—Sí, sí —lo interrumpió, al par que levantaba una mano en señal de paciencia—. Ya sé que la clave de todo esto está en atrapar a Rankin; pero cuando lo he visto éramos nosotros los prisioneros de él.

—¿Nosotros? ¿Quiénes eran los otros?

—Slim Merry... Yo he podido escapar gracias a una intrépida muchacha; pero, desgraciadamente, cuando esta acudió ya se habían

llevado a mí ayudante.

—¿De... «paseo»?—

—No lo sé. Creo que no han hecho sino trasladarlo a otro lugar más seguro. Ya he dado órdenes para que lo busquen los patrulleros y la Policía Móvil; más... —encogió los hombros y agregó—: Mas buscarlo es como intentar encontrar a una persona determinada por las calles de Nueva York. Solo se puede confiar en la casualidad. En fin, yo voy a salir para seguir su pista. De todas formas, si mañana no aparece en alguna cuneta, podemos tener la seguridad que lo han guardado para alguna cosa.

—¿En alguna cuenta? ¡Maldita sea el alma de esos cochinos asesinos! ¿Cómo puede hablar con tanta tranquilidad de una posible muerte de su compañero?

—Escuche, Hicking —habló suavemente el inspector del F.B.I.—: le tengo tanto afecto a ese muchacho como se lo puede tener otra persona allegada a él. Lleva conmigo en el servicio federal hace más de dos años. Sin embargo, cuando salimos de la Academia de Quantico llevamos grabado en nuestro cerebro el sentido del deber...

—Es posible que le entienda algo, Pitzer; pero sea como sea, el muchacho debe correr un gran peligro.

—No lo dudo. Por eso sigo tras su pista. Dentro de media hora saldré junto a la muchacha que consiguió sacarme de las garras de esos bandidos.

—¿Una mujer de su servicio?

—No; una periodista.

—¿Loretta O'Connell?

—Sí.

—¡Madre mía! —exclamó Hicking—. ¿Ese terremoto con faldas?

—Sí —repitió Pitzer—. Y no olvide que gracias a ella estoy hablando con usted en estos momentos.

—Es lo único que ha hecho bueno desde que es repórter de sucesos del «Morning»... —hizo una pausa, añadiendo—: ¿Qué se hace con el asunto del profesor Creighton? ¿Lo van a llevar ustedes?

—Creo que podemos hacerlo conjuntamente. Haga todas las diligencias oportunas y luego me pasa el informe, ¿le parece? —se puso en pie.

—Sí; así lo haré. ¿Me necesita para alguna cosa?

—No, Hicking. No obstante, es bueno que sepa que voy a ir al «Maynards Club». Allí trabaja la novia de Mortimer Guiroy.

—¿Lo acompaño?

—No, no hace falta. En realidad quien entrará en el «night-club» será Loretta O'Connell. Yo me quedaré en el coche. Iré como chofer del mismo. Solo interesa vigilar a Yllona de la Forest, por si nos lleva al lado de Mortimer Guiroy, que, como sabe, pudo escapar en Riverdale.

—Bien. En ese caso, adiós. Que tenga suerte. Yo haré lo que pueda

para que mis muchachos puedan localizar a Slim Merry... ¡Ah! —añadió cuando el otro salía—. No se confíe mucho con esa repórter de los diablos. Es capaz de vender su alma al demonio, si con eso consigue una información sensacional para su periódico.

—No es tanto, Hicking, no es tanto. Adiós.

Alan Pitzer salió de Centre Street. Dirigióse directamente al apartamento que ocupaba en Columbus Circle. Tenía que actuar rápidamente en el asunto que llevaba entre manos. Hacía ya dos meses que iba tras las huellas de unos espías que traficaban en documentos secretos. Él y Slim Merry había venido desde Europa, adonde fueron enviados por su jefe supremo, siguiendo a los dos que más tarde serían asesinados en el «Waldorf Astoria». Sabían que estaban al servicio de Rusia y solo trataban de conseguir las pruebas necesarias para proceder a su detención.

Alan Pitzer llevóse una sorpresa al llegar a su domicilio. Sentado en el «baquet» de un automóvil, frente a su casa, había un hombre que saltó del vehículo al verle.

Pitzer hizo un movimiento Instintivo de defensa, llevándose la mano al bolsillo donde tenía la pistola; pero rápidamente sus labios se distendieron en una sonrisa.

—¡Caramba, Richard! ¿Qué haces por aquí?

—Te esperaba.

—Vamos, sube —invitó.

Richard O'Briend era el inspector jefe de la División de Extranjeros del F.B.I. Radicaba en Washington; pero algo debía de ocurrir cuando él personalmente intervenía en el caso. Compañeros desde los tiempos de la pasada guerra europea, en que intervinieron juntos en muchos servicios eran buenos amigos, aunque más tarde O'Briend se apartó para tomar la dirección de la División de Extranjeros.

Poco después, los dos hombres del F.B.I. estaban sentados en un sofá situado en «living» del apartamento de Pitzer.

—Lamento lo ocurrido con Merry, Alan. De todas formas, el F.B.I. se ha de lanzar a fondo para solucionar la papeleta que se nos ha presentado. Desde Washington me he desplazado a Nueva York solo para ponerte en antecedentes de lo que ocurre.

—Bien, Richard. Hace tiempo que no emprendemos ningún servicio juntos. Siempre me ha gustado trabajar a tus órdenes, porque nos compenetramos profundamente.

—¡Eh, eh!... Creo que no me has comprendido —lo interrumpió Richard O'Briend, al tiempo que extendía una mano y hacía un movimiento con ella en señal de paciencia—. Yo he venido desde Washington porque las cosas que hay que comunicarte es mejor explicarlas verbalmente... Ahora que este asunto lo llevarás solo tú; tú y los hombres que trabajen a

tus órdenes —aclaró.

Pitzer miró su reloj.

—Tengo media hora de tiempo. Estoy tras la pista de Mortimer Guirroy y debo seguirla, pues ella me llevaría a Slim Merry. Es la única forma de poder salvar al muchacho.

—Sí; creo que hay que trabajar de firme. Voy a exponerte los hechos de una forma esquemática. Mañana hablaremos más sobre este asunto.

—Escucho.

Richard O'Briend se pasó la mano por el mentón. Cruzó las piernas y empezó a explicar:

—Verás, Pitzer: cuando nos diste el informe sobre lo del «Waldorf Asteria» ya sabíamos nosotros que esos individuos eran los agentes extranjeros tras los que veníais. Lo que ignorábamos era que iban tras un secreto de los Estados Unidos. Precisamente, cuando recibimos tu informe, nos preparábamos a comunicarte que estuvieras alerta con ellos.

—¿Tienes algún indicio sobre los que han podido matarlos? —preguntó Pitzer.

—No; aunque pensamos que serán agentes contrarios a ese grupo.

—¿Norteamericanos?

—La mano ejecutora, sí. Pat Rankin es un secuaz de Mortimer Guirroy. Pero estos se venden al mejor postor. Posiblemente reciban dinero de un grupo de espías a los que por algún motivo les ha interesado la desaparición de esos individuos.

—Eso pienso yo también. ¿Tienes alguna otra idea?

—Escucha, Pitzer; el venir yo a Nueva York se debe a algo más serio. Esto que voy a relatarte debe quedar lo más secreto posible —O'Briend hizo una pausa, descruzó las piernas, se puso en pie y paseó lentamente por la habitación. Luego, añadió—: Parece ser que el nombre del profesor Dean Creighton va alrededor del caso que te ocupa, ¿no?

—Sí, y precisamente es curiosa la coincidencia. Aún no hace media hora que el capitán de la Brigada de Homicidios me ha hablado de ese mismo individuo.

—¿Ha aparecido? —preguntó O'Briend, parándose frente a su interlocutor.

—No... y me estoy preguntando cómo sabéis que este individuo ha desaparecido. Precisamente lo que me ha dicho él es eso. Su hija ha puesto una denuncia. Hoy a las seis de la tarde lo ha comunicado a la Sección de Personas Desaparecidas.

—No te preocupes. Ahora lo comprenderás todo. Por lo pronto voy a decirte que hay que encontrar al profesor a toda costa. Escucha esto y no te asombres —el inspector jefe de la División de Extranjeros del F.B.I. hizo una pequeña pausa. Casi enseguida, continuó—: Existe en Montana un

lugar al que no pueden ir más que las personas autorizadas por el Alto Estado Mayor del Ejército. En ese terreno se hacen experimentos con unas modernas máquinas de guerra que revolucionarán al mundo. Son unos aparatos de vuelo de factura rara. El descubridor, el investigador de los motores que ha hecho posible tal cosa, se llama Dean Creighton.

—¿El profesor Creighton?

—Sí; el mismo... Y ahora, Pitzer, vas a saber algo más: técnicamente, ese aparato es conocido por D-X-Cuatrocientos Veintidós, más el vulgo...

—¿El vulgo? ¿No dices que es una cosa secreta?

—Sí; pero hay momentos en que es vista por personas ajenas a los investigadores.

—¿Cuándo?

—Cuando vuelan en pruebas. Es entonces cuando al vulgo le ha dado por llamarlos «platillos volantes».

Alan Pitzer puso en pie, acercándose a su interlocutor.

—¿Será posible?

—Sin duda alguna. El coronel Ray Stanford, del Servicio de Aeronáutica en el Pentágono, es el que nos ha puesto en antecedentes de ello. El profesor Creighton ha desaparecido, efectivamente. Así nos lo comunicó, y el propio secretario de Defensa se interesa en el caso. Los D-X-Cuatrocientos Veintidós están aún en período de experimento. Dean Creighton debe aparecer para seguir trabajando. Nuestro director me encargó que viniera a ponerme en contacto contigo, ya que posiblemente lo del «Waldorf» y esto deriven por los mismos derroteros.

—También lo creo así. Pongamos a Pat Rankin tras unas rejas y estoy seguro de que aclararemos muchas cosas... Pero ahora es necesario que salga. Slim Merry está en peligro y debemos averiguar qué ha sido de él.

—Me parece bien. Ya sabes de una forma general lo que hay de este asunto —calló, para continuar enseguida—: ¿Quieres que te acompañe?

—No creo que sea necesario. El capitán Hicking de la Policía estatal, tiene ya mis instrucciones. Ahora voy a partir. ¿Cuándo hablaré nuevamente contigo?

—Mañana sin falta. Marcha a tu servicio. Que tengas éxito.

Los dos inspectores salieron de la casa. Se despidieron en el *hall* del edificio.

Cinco minutos después, Alan Pitzer conducía un automóvil en dirección a Brooklyn. Antes se había cambiado de ropa, disponiéndose para actuar.

Cruzó el puente de este nombre, y, enfilando la Clinton Avenue fue por esta vía hasta que llegó a la State Street. Entrando por ella detuvo su automóvil ante un edificio de construcción moderna.

Era donde estaban situados los Gilmor Apartments, y donde vivía

Loretta O'Connell, la rubia repórter del «New Morning».

Capítulo 5

EN EL MAYNARDS

E

L «Maynards Club» era un cabaret al que concurría una gran cantidad de nuevos ricos hechos millonarios por los negocios de la guerra y la posguerra.

Estaba situado en el Broadway, en el trozo donde se ven los mejores lugares de esparcimiento. Serían algo más de las cuatro y media cuando el coche en donde iban Loretta O'Connoll y Miky Grogan, su editor, se detuvo ante su puerta. Una multitud de lucecillas multicolores parpadeaban en policromos anuncios, dando reflejos de arco iris sobre el pavimento de la avenida.

Un portero con uniforme encarnado e innumerables cordones cruzando su pecho se acercó a la portezuela del auto. Abriéndola, la sostuvo mientras los dos periodistas descendían del automóvil. Ambos iban con traje de noche. Grogan, de frac; Loretta, con un precioso vestido de raso negro que hacía resaltar agradablemente su blanca tez y sus rubios cabellos, a la par que modelaba su cuerpo.

—¿En dónde estará? —preguntó Miky a Alan Pitzer, en funciones de chófer.

—Allí, señor. En aquel aparcamiento —respondió indicando un lugar próximo, apto para poder dejar los coches en espera de sus dueños.

Sin una palabra más, la pareja entró en el club nocturno. Se colocaron en una mesita muy próxima a la pista.

Mientras tanto, Alan Pitzer no perdía el tiempo. En el momento en que dejó el automóvil en el lugar del aparcamiento que le señalaron, se apeó, volviendo cerca de la puerta de entrada al «Maynards Club».

Nueva York es una ciudad de contrastes, y una de las facetas que confirman esto es la serie de callejuelas que pueden verse entre las amplias avenidas y calles por la parte más céntrica de la ciudad.

A un lado del edificio en donde estaba asentado el cabaret se veía un estrecho callejón que venía a salir al mismo Broadway.

Alan Pitzer metióse por él, observando cuidadosamente las ventanas. Ante estas pasaba la escalera metálica de incendios, aunque el último tramo quedaba demasiado alto para poder subir por ella.

El inspector del F.B.I. se acercó a una puertecilla, que comprendió que

era la de salida del personal y artistas del «night-club». Pasó dos o tres veces por esta con intenciones de entrar, pero un portero, sentado junto a la puerta, le hizo desistir.

Pitzer caminó unas yardas, dándose cuenta entonces de que el montacargas que bajaba a los sótanos del establecimiento se hallaba abierto. Miró a un lado y a otro del callejón. Este estaba solitario, aunque por su desembocadura al Broadway cruzaban los transeúntes y vehículos sin que se fijaran en lo que podía ocurrir en aquel paso.

La abertura del montacargas estaba en el mismo suelo de la acera, y al elevarse levantaba la plancha de hierro que subía al mismo tiempo que la plataforma, quedando a unas tres yardas del suelo, como si fuera un techo de este. La parte inferior de la escalera de incendios, que se movía por medio de un contrapeso, quedaba a algo más de yarda y media sobre esta chapa metálica.

Pitzer, después de cerciorarse una vez más de que no lo veía nadie, se encaramó sobre el montacargas. Desde allí, alargando los brazos, pudo alcanzar la punta de la escala metálica. Tirando hacia él, esta descendió. Cuando quedó firme subió por ella hasta que llegó a donde empezaban los peldaños fijos, que era precisamente frente a dos ventanas.

Una tenía la luz encendida, aunque la visión del interior estaba obstruida por unas cornisas que evitaba que se viera lo que ocurría en aquella habitación. La otra daba a un pasillo, en el cual había varias puertas que en ese momento estaban cerradas.

Pitzer se colocó lo más cómodamente que pudo, y desde allí empezó a vigilar. El pasillo era el de los camerinos de los artistas que trabajaban en el cabaret.

Desde donde estaba, el hombre del F.B.I. dominaba visualmente todas las puertas, quedando en situación expectante desde el lado de fuera de la ventana. Sin embargo, bien lejos estaba de imaginar que la persona tras la que andaba, el «boss» Mortimer Guiroy, estaba en ese momento a muy poca distancia suya.

Junto a la ventana que daba al pasillo había otra con unas cortinas. Estas impedían que se viera lo que sucedía allí dentro; pero no podían evitar que la luz se filtrará a través de ella. Esta ventana pertenecía precisamente al camerino de la «vedette» de aquel club nocturno. Más concretamente: a Yllona de la Forest.

Estaba sentada ante un gran espejo orlado de bombillas encendidas, que iluminaban minuciosamente su bello rostro de mujer meridional.

Mientras se maquillaba, hablaba con una persona que se encontraba en un cómodo diván, situado a un lado de la puerta de entrada entre este y la ventana. Se trataba de Mortimer Guiroy, que fumaba nerviosamente un cigarrillo.

—No has debido venir, querido —decía la muchacha en ese momento—. Tienes que pensar que uno de los lugares en donde han de buscarte será aquí. Nadie ignora lo nuestro.

—Tengo la retirada cubierta. Por esta ventana puedo ponerme en la calle antes de que se den cuenta.

—No te confíes... Por mí parte, yo no estaré tranquila hasta que estemos en Sudamérica, lejos de los sabuesos del Federal Bureau of Investigation.

Guiroy púsose de pie. Se acercó a ella, poniendo las manos sobre sus hombros. Se inclinó, besando sus cabellos.

—Creo —dijo— que eres tú la única persona que me retiene aquí.

Yllona le ofreció sus labios. El *gangster* volvió a inclinarse y unió los suyos a los de ella en un largo beso.

—¿Y ahora? preguntó la muchacha—. ¿Qué vamos a hacer?

—Podríamos tomar un avión de alquiler y alejarnos de Nueva York; pero creo más prudente esperar el regreso de Duchesne con su helicóptero. No me hago grandes ilusiones, y comprendo que la Policía tendrá vigilados todos los caminos y salidas de Nueva York. No hay que olvidar que, además, de los del F.B.I., también tenemos detrás a la Metropolitana.

—¿Y esta noche?

—A tu casa no puedo ir. También estará vigilada.

—Es casi seguro... —hizo una pausa. Giró en la banqueta, quedando frente a su interlocutor—. Escucha, Mortimer —dijo—. ¿Crees que no habrá policías aquí en el club?

—Es probable; pero he entrado por la escalera de incendios y por el mismo sitio saldré. No te preocupes. La retirada la tengo fácil. Abajo tengo un hombre de confianza.

—Escucha: ¿tú crees que ese individuo que os habéis llevado para Aportable Island no podrá escapar de allí?

—Es imposible; más... no nos preocupemos. Por cierto que allí tenemos un magnífico refugio por si nos interesa. Desde aquel lugar nos ponemos en el Canadá en poco tiempo.

Yllona fue a responder. Unos golpecitos dados sobre la puerta la interrumpieron. Miró sobresaltada a su amante. Este empuñó una pistola que sacó bajo la axila, y a una indicación de la muchacha ocultóse tras un biombo que estaba a un lado del camerino, y que comúnmente servía para cambiarse de ropa cuando en este había visitantes.

Acercándose a la puerta, Yllona la abrió, después de asegurarse de que Mortimer quedaba bien oculto.

Ante la entrada estaba Loretta O'Connell, la repórter del «Morning». Junto a ella, un botones, que habló en cuanto estuvo frente a la artista.

—Miss O'Connell me ha rogado que la acompañara hasta este

camerino. Parece ser que es periodista —después de decir esto fue a alejarse; Yllona lo detuvo con un gesto.

—Pero yo no quiero hablar con ningún periodista —dijo.

Fue a cerrar la puerta; más la intrépida muchacha metió un pie entre al hoja y la jamba, evitando que se pudiera cerrar.

—Toma, muchacho. Gracias. He de hablar con la señorita De la Forest.

Al decir eso puso en mano del acompañante un billete de cinco dólares, que fue suficiente para que este se alejara presuroso. Después hizo una pequeña presión sobre las maderas y consiguió entrar en el camerino.

—¿Qué hace usted? —preguntó Yllona, con unos destellos de ira en sus ojos negros.

—Perdóneme; pero soy periodista y...

—¡Salga de aquí! Por muy periodista que sea, eso no le da derecho a entrar sin mi permiso en este camerino.

—No se excite, señorita —respondió la muchacha, al mismo tiempo que avanzaba un paso y se sentaba tranquilamente en el diván que momentos antes estuviera ocupado por Mortimer Guiroy—. Voy a preguntarle un par de cosas para el «Morning»... No conviene ponerse a mal con la Prensa— añadió, sonriente—. Esta tiene mucho poder.

Loretta O'Connoll había dejado a Miky Grogan en la sala de baile del club nocturno. Su intención al subir a entrevistar a la amiga de Guiroy no obedeció a un impulso de los que dominaban a la muchacha alguna que otra vez. «Quizá encuentre material para una buena información», se dijo. Y sin pensarlo un instante llamó a un botones, rogándole que la acompañara hasta el camerino de la artista.

—Soy periodista —le dijo—, y solo quiero hacerle una interviú para el «Morning».

Al llamar a la puerta, ni ella misma se dio cuenta de que Alan Pitzer la observaba desde su escondite.

Yllona de la Forest avanzó un paso, quedando frente a su interlocutora. Sabía por Guiroy que una mujer le había sorprendido en la casa de Riverdale; pero ambos pensaron que podía haber sido una mujer del servicio policíaco. Por eso, la artista ignoraba que ante ella tenía a la misma mujer. Sin embargo, desde su escondite, el *gangster* sí la había reconocido desde el primer momento.

—¿Quiere hacer el favor de salir de aquí? —dijo Yllona—. ¿O es que quiere que llame a unos empleados y la hagan marchar de mala manera?

—No; si efectivamente se pone en esa tesitura, he de marcharme... Claro es que no hablaré muy bien de su carácter para con los periodistas —añadió, al par que jugueteaba con un sombrero que encontró sobre aquel sofá.

Era un flexible marrón perteneciente a Guiroy.

—¡Fuera de aquí! —gritó la artista, al mismo tiempo que de un manotazo le arrebató el sombrero de las manos.

Loretta se puso en pie.

—Bien, ya que se empeña...

Avanzó hacia la puerta; pero no había llegado todavía a ella cuando una voz fría y metálica se oyó a sus espaldas.

—No dé un solo paso más, señorita entrometida.

La periodista volvió la cabeza, quedando pálida. Tras ella, junto al biombo, estaba Mortimer Guiró con una pistola en la mano, en cuyo cañón podía verse una prolongación metálica. Loretta reconoció que estaba provista de un silenciador «Maxim».

El «boss» avanzó dos pasos hasta quedar a poca distancia de ella.

—Bueno, bueno. Otra vez nos encontramos... Pero ahora está los papeles invertidos. Hace unas horas era usted la que tenía una pistola en la mano. Ahora... ahora soy yo el que domina la situación... Y no intente dar un solo grito, porque este silenciador permite disparar sin que se oiga la detonación al otro lado de la puerta —habló a su novia, añadiendo—: Mírale el bolso. Podría traer alguna sorpresa en él.

Yllona de la Forest obedeció. Del bolso de la muchacha sacó una pistola pequeña, con cachas de nácar, que más bien parecía un juguete que un aparato mortífero.

—No olvide una cosa —arguyó la repórter, que ya había re cobrado su sangre fría—, abajo, en el «Maynards» está sentado un amigo mío que notará mi falta. Sabe que he subido a entrevistar a esta señora.

—Cuando eso ocurra ya estaremos lejos de aquí. ¡Vamos, siéntese en este diván!

La chica obedeció.

—¿Qué hacemos? —preguntó Yllona—. Posiblemente esté todo descubierto.

—No sé de qué habla usted. Yo he venido aquí para entrevistarla. De cuando en cuando escribo alguna crónica en la sección de teatro... Claro es que acudí a la casa del Riverdale y conseguí salvar al inspector Pitzer; pero... pero fue de una forma casual.

—Lo mismo da. He de asegurarme para evitar que dé la señal de alarma. Si es buena chica no le pasará nada. Solo la incomodidad de permanecer unas horas amarrada hasta que la encuentren.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Yllona a Guiró.

—Lo que oyes. Vamos a marcharnos cuanto antes. Tú y yo.

Fue a seguir hablando; pero se oyó un golpe seco al otro lado de la cortina que tapaba la ventana. Una mano se crispó sobre ella, y, casi enseguida, una persona cayó rodando a los pies de los que estaban en el camerino, mientras una pistola se escapaba de sus dedos y caía al suelo.

La periodista dio un grito involuntario, al mismo tiempo que poniéndose de pie se llevaba las manos al pecho. Había reconocido en el inanimado cuerpo al inspector Pitzer, de la Policía Federal de los Estados Unidos de América.

Al sentir el ruido, Mortimer Guiroy dióse la vuelta rápidamente. Fue a disparar sobre una persona que en ese momento apartaba las cortinas y entraba en el camerino. Se contuvo a tiempo. Había reconocido al hombre que dejó vigilando en la calle cuando él entró por el mismo sitio que había utilizado Alan Pitzer.

—Parece que llegué a tiempo, ¿eh jefe?

—Sí, aunque no comprendo qué ha pasado —acercándose al que permanecía de bruces lo cogió por un brazo, dándole la vuelta hasta que quedó en decúbito supino. Al reconocerlo lanzó un leve silbido—. ¡Vaya, vaya! —exclamó—. Nuestro antiguo amigo —hizo una pausa y agregó, dirigiéndose hacia el que había entrado por la ventana—: ¿Qué pasa, Oakes?

—Poca cosa —explicó—. Estaba en el callejón cuando vi venir a este tipo. Me oculté, no perdiendo detalle de nada. Vi cómo subía las escaleras, aprovechando el montacargas, que estaba levantado. Cómo quedó mirando por la otra ventana, acercándose a esta poco después. Cuando la levantó y entró... en ese momento yo aparecí en escena. Me acerqué, golpeándole con la culata de mi pistola.

—¡Lo habéis asesinado! —gritó Loretta, al mismo tiempo que iba retrocediendo hasta la puerta.

Mortimer, dándose cuenta de la maniobra de la joven, avanzó unos pasos hasta llegar a ella. Cogíendola por un brazo le dio un violento tirón, que hizo que, dando un traspié, cayera sobre la especie de tocador en donde se preparaba Yllona para salir a escena. Los tubos y cajitas con el maquillaje cayeron rodando por el suelo. El *gangster* levantó su pistola, dirigiéndola al pecho de la muchacha.

—No me importa dejar al «Morning» sin repórter de sucesos... Una palabra más alta que otra y se acabó —calló. Hizo una pausa y agregó, dirigiéndose al pistolero a sus órdenes—: ¡Eh, Oakes! Amárrala con alguna cosa. Hemos de pensar con mucho cuidado qué es lo que debemos hacer.

—Ahora mismo, «boss»... Pero yo creo que si le metemos unos gramos de plomo entre las cejas será mucho mejor... Podemos hacer igual con ese fulano y largarnos cuanto antes.

Yllona de la Forest no había dicho nada hasta entonces. Ahora, sin embargo, habló a su amante:

—No podemos perder tiempo, Mor. Este individuo no habrá venido solo.

—Claro que no. Pero eso no me preocupa... Escucha, se me ocurre una

idea: vamos a largarnos a Aportable Island. Desde allí no estamos lejos del Canadá. Nos llevaremos a estos dos entremetidos y siempre podremos cambiar sus vidas por las nuestras. Es decir, tenemos en aquel lugar al compañero de este individuo. Ahora a este y a la chica... No creo que duden mucho si ofrecemos cambiar su vida por nuestra franca salida del territorio norteamericano, en caso de que el asunto se nos ponga feo.

—No creo que accedan —arguyó el llamado Oakes—. El F.B.I...

—El F.B.I. no accedería si se tratase de dos hombres suyos; pero hay por medio la vida de una mujer que pertenece a un gran rotativo. Una imprudencia por parte de ellos y estoy seguro de que el «Morning» iniciaría una campaña muy perjudicial para ese organismo del Gobierno. Al fin y al cabo —terminó con una risotada—, para la opinión pública siempre ha de valer más la vida de estos individuos que las de un grupo de fuera de la Ley.

—Me parece muy bien, jefe —opinó Oakes—; pero no sé cómo vamos a llegar a Aportable Island sin que nos echen las zarpas encima.

—No te preocupes. Eso es algo que Nagel nos va a solucionar...

Mientras cruzaba estas frases, el pistolero había maniatado a Loretta O'Connoll con unos trozos de tela que cortó de una cortina. La sujetó con las manos a la espalda y la dejó sentada en el sofá. Igualmente hizo con el inspector Pitzer, que aún permanecía inconsciente, colocándolo junto a la muchacha.

—Bien —dijo cuando terminó—. Estos dos ya están asegurados. ¿Y ahora?

—Ahora te largas por el mismo sitio que has subido. Coges el coche que hemos dejado en el Broadway y lo metes en el callejón lateral, junto al pie de la escala de incendios.

—«Okey», jefe. Ya comprendo. Vamos a llevárnoslos ¿no?

—¡Claro! Hace un buen rato que lo estoy diciendo. ¡Hala, no te demores!

Oakes saltó la ventana. Hizo accionar el último tramo de la escala, y cuando llegó abajo la dejó sujeta para que no volviera a elevarse a causa del contrapeso.

Alan Pitzer empezó a moverse en ese instante. Abrió los ojos, mirando a su alrededor. De momento casi no comprendió el por qué de hallarse en esa situación; más rápidamente asimiló lo ocurrido.

Mortimer avanzó un paso hasta colocarse enfrente de él.

—Otra vez lo tengo en mí poder, y ahora creo que le va a ser muy difícil escapar de mis manos —dijo.

El inspector no contestó. Limitóse a mirarle fijamente a los ojos, hasta que el *gangster* desvió su vista de la de él.

—Es usted un loco o un inconsciente —habló Loretta por primera vez

desde que le habían maniatado, dirigiéndose a Guiroy—. Si cree que podrá sacarnos del centro de Manhattan, sin que lo descubra la Policía, está en un gran error... —hizo una pausa, para añadir sonriente—: ¡Voy a tener el gusto de ser uno de los periodistas que espere a la puerta de Sing-Sing, una noche memorable, el momento en que la luz eléctrica de la penitenciaría sufra una gran disminución en su tensión³...! ¿Se da cuenta? Será la noche en que lo tuesten a usted...

¡Plaf!... El sonido de una gran bofetada sonó en el camerino.

—¡Calla; maldita sea tu alma! —tronó Yllona de la Forest, que con su impulsivo carácter meridional habíase acercado a la muchacha, golpeándola en el rostro con la mano abierta.

Loretta O'Connoll acusó el golpe. Su rostro formó un raro contraste entre la lividez que este tomó y la huella encarnada de los dedos en su mejilla.

—Tal para cual —dijo suavemente, al tiempo que volvía a sonreír.

—No te preocupes, querida —arguyó Mortimer, acercándose a su amiga—. Estos entremetidos solo saben fanfarronear... Ya verás cómo no están igual cuando la cosa se ponga fea para ellos.

—No puedo contenerme. Mor. Con un placer enorme estaría golpeando su linda cara hasta que se pusiera morada...; pero, a pesar de todo, te prometo que lo haré como siga hablando de esta manera.

—No hacen daño con eso. Sin embargo, te compraré un nuevo abrigo de pieles si en Aportable Island continúan igualmente optimistas —se detuvo al escuchar el motor de un automóvil que maniobraba en el callejón al cual daba la ventana—. Es Oakes, vamos —volvióse hacia sus prisioneros, y añadió, al mismo tiempo que sacaba la pistola con el silenciador, poniéndola a la vista de ellos—. Podría amordazarles para evitar que gritaran en la calle; pero no voy a hacerlo. Al primer grito que lancen les meto todo el cargador en el cuerpo. ¿Han comprendido? —se volvió para su amante—. Sal tú primero.

Yllona obedeció. Cogiendo un bolso de un armario, se puso un liviano abrigo sobre su traje de noche. Levantando la hoja de la ventana, saltó por ella, saliendo a la plataforma metálica de la escalera de incendios.

Al pie del trozo de escala basculante, que había quedado bajada al descender Oakes, estaba preparado un sedán cuya portezuela estaba abierta. A su lado, el pistolero, que en ese momento iniciaba la subida de la escalerilla.

—Si hemos de bajar por la escalera de incendios tendrá que soltarnos —dijo el inspector Pitzer—. De la forma que estamos amarrados no podremos hacerlo.

Guiroy comprendió que así era.

—Escuche: voy a soltarlos; pero le prometo que si intenta la cosa más

mínima mataré sin ningún escrúpulo a esta mujer y al «G-Man» que tenemos en nuestro poder. Ahora, ¡andando, que se hace tarde!

A unas instrucciones de Guiroy, Yllona de la Forest descendió por la escalerilla. Detrás de ella, Oakes.

Unos minutos después, el automóvil salía de aquel callejón. En el volante, la novia del *gangster*. Detrás, este y el otro pandillero amenazando a sus dos prisioneros con sendas armas que habían disimulado bajo los sombreros.

Cuando se mezclaron entre el tráfico de Broadway, aún pudieron ver un automóvil que se detenía ante el «Maynards». Los vivaces y bonitos ojos azules de Loretta se animaron sonrientes. Había reconocido entre uno de los que se apearon al capitán Hicking, de la Brigada de Homicidios de Nueva York.

Capítulo 6

UNA PISTA ESCRITA

N

O son figuraciones nuestras, Nagel —decía Mortimer Guiroy en una pequeña estancia de la finca situada en Long Island, adonde habían podido llegar sin obstáculo alguno—. Le he telefoneado urgentemente para que se personara aquí porque la situación se hace muy peligrosa.

—Vayamos con calma, Guiroy. ¿Qué es lo que cree usted que sabe la Policía?

—Lo ignoro... y ahí está precisamente el peligro. Concretamente solo hay algo, y es, amigo mío, que en pocas horas han podido localizarme. No creo que sea de una forma casual el que irrumpiera ese inspector de los diablos en el camerino de Yllona. Me parece que la única forma de que nos pongamos fuera del alcance del F.B.I. es poniendo tierra por medio. Los que hemos aprisionado nos servirán de garantías en caso preciso.

Roscoe Nagel no respondió. Paseando por la habitación, dijo, al par que se paraba delante del «boss».

—Bien; a las diez de la mañana he de sintonizar nuestra emisora de radio con la de Aportable Island. Pediré que nos envíen el helicóptero grande. Podrá estar aquí por la tarde... Mientras tanto, prepararemos el combustible necesario para ese aparato, y por la noche podremos partir. Al amanecer estaremos en Wisconsin. ¿Le parece bien?

—Todo lo que sea para poder salir de Nueva York me parece bien. Ni en los momentos malos de Chicago he sentido el peligro como ahora.

—Entonces no hay más que hablar. Mañana por la noche estaremos volando hacia el Lago Superior.

—¿Estaremos?

—Sí; yo también voy. Este asunto ya se está alargando demasiado. He de finalizarlo cuanto antes, y si es necesario nos trasladaremos a las bases de experimentación de los «platillos».

—¿Muy lejos?

—En Montana; pero solo en último caso. Tenemos en nuestro poder al profesor Creighton, y, desde luego, le haremos trabajar de firme. Por las buenas o con un buen látigo; pero ha de trabajar para nosotros —hizo una pequeña pausa. Después, añadió—: Los prisioneros nos han de valer mucho. Esa periodista, sobre todo... Estoy dispuesto a irlos matando uno a

uno, delante del profesor, si no nos entrega todos los planos y fórmulas lo antes posible.

—En ese caso, ¿por qué no lo «paseamos» aquí mismo?

—No sea burro, Guiroy. Usted dice que nos pueden servir de garantía si el asunto se pone feo, ¿no?

—Exacto. Pero si se ha de liquidar este asunto de esa forma... lo mismo da en Aportable Island que aquí. Al decir yo que nos pueden servir es de otra manera... Más claro: que había pensado soltarlos en cuanto que nosotros estuviésemos en terreno canadiense.

—Ya veremos lo que resuelvo. Por lo pronto, nos lo llevamos. Cuando lleguemos a Wisconsin, se resolverá este asunto. Ahora, Guiroy, márchese a dormir un rato. Después de comunicar con los hombres de Aportable regresaré a Nueva York. He de dejar todas las cosas bien hechas —se acercó al «boss», poniéndole una mano sobre el hombro—. No se preocupe, Guiroy; todo nos ha de salir perfectamente... ¿Y el «Maynards»? —agregó, tras una transición.

—Eso no me preocupa. Legalmente es propiedad de un hombre, que nunca tuvo nada que ver con la Ley. Solo él, Yllona, usted y yo sabemos que aquello es mío. Tengo algunos hombres de confianza en el club nocturno. No pude hablar con ninguno antes de partir; mas si se dan cuenta, jurarán y perjurarán que yo no he ido por allí y que no saben nada de esa periodista. En cuanto al hombre del F.B.I... —se encogió de hombros en señal de indiferencia.

Se despidieron. Roscoe Nagel subió unas escaleras de pulimentada madera en dirección a la habitación, en lo más elevado de aquella roca, donde tenía un aparato emisor y receptor de radio.

Mortimer Guiroy miró hacia donde había quedado Alan Pitzer y Loretta O'Connoll vigilados por Oakes. Junto a este, sentada en un amplio sillón, permanecía, con los ojos semicerrados, la «vedette» del «Maynards», Yllona de la Forest, que seguía la suerte del *gangster*.

* * *

En el momento en que el automóvil que llevaba a Loretta y a Pitzer se alejaba del club nocturno, el coche de la Brigada de Homicidios conduciendo al capitán Hicking se detenía en la puerta del «night-club».

—Quédate en el auto, Pat —ordenó al policía que lo acompañaba—. No es una visita oficial.

—«Okey», jefe. Pero si tarda mucho sin que se asome, de vez en cuando entraré a buscarlo.

—No hay cuidado. El «Maynards» es un lugar tranquilo. Si Pitzer se ha fijado en él, es porque aquí trabaja la amiguita de ese Guiroy de los

demonios. No tardaré mucho. Solo me haré ver de *miss* O'Connell, la repórter de sucesos del «Morning». Si hay algo de particular, ya me avisará.

Martin Hicking cruzó la bien iluminada entrada del cabaret. Pasó bajo un arco, que daba acceso al salón en donde estaban las mesas y la pista de baile. Llevaba el sombrero en la mano, cosa rara, y se le acercó una jovencita, con un provocativo vestido negro, cuya falda, por encima de las rodillas, dejaba al descubierto sus bien torneadas piernas. Era una de las chicas encargadas del guardarropa.

—¿El sombrero, señor? —dijo, al mismo tiempo que alargaba la mano.

—No, guapa. El señor se ya a marchar enseguida.

Nuevamente quedó solo al retirarse la joven. Hicking miró por encima de todos los asistentes, buscando la fisonomía de Loretta. No lo consiguió. Solamente acertó a ver en una mesita a Miky Grogan, el director del «Morning». Pensó que la muchacha estaría bailando. Sin embargo, por mucho que miró no consiguió localizarla.

El policía avanzó por entre las mesas, hasta llegar junto al editor del «New Morning». Ambos se conocían, pues ya habían hablado varias veces por motivos profesionales.

—¡Hola, Grogan! Le voy muy solo.

—Buenas noches, capitán. ¿Quiere sentarse?

—No, no. Solo he venido a dar una vuelta. Estoy de servicio.

—¡Caramba!... ¿De servicio? Y, ¿qué puede haber ocurrido en el «Maynards» para que la Brigada de Homicidios comparezca? ¿A quién han matado?

—¿Está usted solo? —preguntó Hicking, sin hacer caso de lo que el otro le decía.

—Pues... en este momento, sí. He venido con mi repórter de sucesos, pero...

—¿En dónde está?

—Ha subido a entrevistar a la «estrella» del club.

—¿A Yllona de la Forest?

—Sí.

—¿Hace mucho tiempo?

—Pues a decir verdad, ya hace un buen rato... Ahora que... Mire, Hicking —siguió Miky Grogan, con aire misterioso—: nosotros hemos venido también con una misión.

—Ya sé a qué han venido —respondió el detective, secamente—. Por eso precisamente estoy yo aquí.

Grogan miró a su interlocutor con cara de asombro.

—Entonces... ¿tan... serio y peligroso es el asunto?

—No lo sé; pero hay que tener cuidado. Ahora, Grogan, pregunte por

su acompañante.

El periodista así lo hizo. Llamó a un «boy».

—Oye, chico —le dijo—: sube al camerino de *miss* De la Forest y dile a una señorita que está con ella que sus amigos la están esperando.

—¿Trabaja aquí? —preguntó el muchacho.

—No; es una cliente. Se llama *miss* Loretta O'Connoll.

El botones se alejó, presuroso. El capitán Hicking, a una nueva indicación de su acompañante, retiró una silla, sentándose frente a él. Ninguno de los dos despegaron los labios.

Quizá no habían pasado cinco minutos, cuando el empleado del «Maynards» volvió.

—Miss O'Connoll no está con la señorita De la Forest. Ambas han debido salir, porque el camerino está cerrado y no responde... Además, hace ya un buen rato que no han visto por ningún sitio a la señorita Yllona.

Martin Hicking púsose en pie. Sacó la placa, distintivo de la Policía, neoyorquina, enseñándosela al muchacho.

—¡Vamos; llévame a ese camerino!

—Pero...

—No lo dudes. Si no lo haces rápido, te vas a encontrar metido en un bonito lío.

—Bien, señor.

El muchacho dio media vuelta, y siguió caminando, seguido del policía. Miky Grogan quedó indeciso por unos segundos; pero, reaccionando, rápidamente se puso en pie, siguiendo al capitán Hicking.

Al llegar ante la puerta del camerino golpearon esta. Como era lógico, nadie respondió.

—¿Quién tiene la llave de aquí?

—Acostumbra a quedarse en el tablero del conserje. Un momento; voy a ver.

El botones se alejó, presuroso. Cuando regresó, lo hizo con dos hombres. Ambos vestían fraques correctamente cortados, aunque a uno de ellos no le sentaba bien, pues era bastante obeso.

—Este es míster Simone. El propietario del club.

—¿Qué ocurre?

—Escuche, amigo: abra rápidamente esta puerta —respondió el capitán de la Brigada de Homicidios.

El llamado míster Simone se volvió hacia su acompañante.

—Abra la puerta. Lucerne.

Este obedeció. Martin Hicking avanzó hacia el interior del camerino. Inmediatamente comprendió algo anormal había sucedido en aquella habitación. Vio las barras y tubo de maquillaje por el suelo.

—¡Hum!... —gruñó. Después añadió—: Salgan fuera, hagan el favor.

Usted, Grogan: no permita que nadie entre en este lugar.

A regañadientes, el personal del cabaret obedeció. Hicking paseó su vista por todos los rincones de aquella habitación. Examinó cuidadosamente todo detalle que le pareció interesante. De pronto, detúvose ante el amplio canapé donde habían estado sentados Alan Pitzer y Loretta O'Connoll. Plegó los labios, lanzando un prolongado silbido. Había visto unas palabras sobre el respaldo del sofá, escritas en un rojo muy fuerte. Hasta llegó a descubrir, sobre un rincón del mismo, una barra para los labios, que posiblemente había servido para escribir esas líneas.

El capitán dio la vuelta alrededor del diván, y quedó en pie tras él. Entonces pudo leer lo que decía, porque las palabras estaban escritas por una persona que, sentada en el sofá, lo hubiera hecho con las manos a las espaldas, o desde la posición en que él estaba en ese momento.

«Bien... bien... —murmuró—. O dejo de ser el capitán de la Brigada de Homicidios, o estos fulanos me aclaran lo que quiere decir esto».

Sacó una navajita del bolsillo y, sin ningún cuidado, cortó la tela del mueble alrededor de lo escrito. Cuando lo tuvo en sus manos, se encaminó calmosamente hacia la salida.

En la tela podían leerse tres palabras, muy mal hechas: «Aportable Island. Wisconsin».

Capítulo 7

CON EL PROFESOR CREIGHTON

L

A isla Lebanon es quizá la situada más al Norte de las del grupo de las Aportable, en Lago Superior.

Está bastante aislada de las demás, que ya son bastante solitarias, y en ella no se levantan más construcciones que cuatro edificios. El principal o más grande tenía a ambos lados unos enormes cobertizos, que en aquel entonces estaban totalmente deshabitados. Detrás del edificio mayor había otro de dos plantas. En un tiempo ya lejano, aquello se construyó con intenciones de dedicarlo a fábrica de conservas de pescado; más seguramente no fue un gran negocio, puesto que al año escaso se fue abandonando todo. El edificio mayor era en donde habían sido colocadas las máquinas, calderas y almacén de aquella fábrica; en el más pequeño, que estaba tras este, se encontraba la vivienda del personal técnico.

Es a ese lugar a donde habían llevado a Slim Merry en el helicóptero pilotado por Duchesne.

Cuando aterrizaron, después de apearse del aparato, Slim fue conducido, entre Pat Rankin y el otro pistolero que ya estaba allí, al interior de la casa. Cruzaron esta, volviendo a salir por una puertecilla posterior. Atravesaron un patio, entrando en un edificio más pequeño que el que acababan de abandonar. Era el destinado a viviendas.

Merry fue conducido a un sótano, en donde abrieron una puerta.

—¡Entra! —le gritó Bloody—. Ahí podrás distraerte, y así el viejo no estará solo.

El agente del F.B.I. cruzó la puertecilla. Esta fue cerrada tras él, con un fuerte rechinar de cerrojos por la parte exterior.

Al principio, Slim se encontró en una semipenumbra, que no le permitía ver los objetos con claridad. Distinguió una rendija de luz que penetraba por debajo de una puertecilla. Se acercó a ella. En un principio pensó que también la habrían cerrado; pero, al hacer presión sobre ella, vio cómo esta se abría poco a poco.

Cruzándola, se halló en una amplia habitación, profusamente iluminada por una cristalera que había en el techo de la misma, y por dónde entraban los rayos solares. Estaba amueblada con diversos y heterogéneos muebles.

En un rincón había una cama, con señales evidentes de haber sido usada

la pasada noche. Un poco más cerca a la puerta por dónde había entrado, estaba situada una gran estantería, con infinitad de libros. Hacia el centro de aquella especie de habitación, casi debajo de los cristales por dónde entraba la luz, una mesa escritorio, sobre la cual estaba extendidos varios papeles, que a simple vista quisieron parecer croquis, gráficos, planos o algo por el estilo; pero lo que le llamó la atención, hizo que quedara por unos momentos suspenso sin terminar de pasar, fue un hombre ya de cierta edad, que se encontraba sentado tras la mesa.

El individuo en cuestión tenía dos esparadrapos cruzados sobre su frente. Representaría algo más de cincuenta años, aunque su cabello totalmente blanco le hacía figurar alguna mayor edad a la par que un aspecto venerable.

Levantó su vista de los papeles que tenía ante él. Clavó sus ojos en el recién llegado. Luego continuó enfrascado en el trabajo que hacía.

Slim avanzó unos pasos, hasta que se detuvo ante la mesa. El anciano levantó nuevamente la vista, hablando lentamente con entonaciones agradables.

—Le he dicho a su jefe que solo puedo trabajar si me dejan tranquilo. ¿Por qué no se marcha?

—No lo entiendo mucho —respondió el muchacho—; pero si hay alguna cosa que estoy deseando hacer con toda mi alma es eso precisamente.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que le he dicho. Me han traído a la fuerza desde Nueva York, y me han encerrado en el otro sótano. Solo he pasado a este, al ver la rendija de luz por debajo de la puerta.

El hombre del cabello blanco púsose en pie. Rodeando la mesa, se acercó al recién llegado.

—¿Es usted prisionero de estos traidores?

—Si no lo soy, es lo más parecido que me ha ocurrido en mi vida... ¿Quién es usted?

—¿Oyó hablar alguna vez del profesor Creighton?

Slim plegó los labios, dejando escapar un suave silbido.

—¡El profesor Creighton! ¡Claro que he oído hablar de usted! Hace unos días que toda la Policía de los Estados Unidos está tratando de localizarlo.

—¿La Policía? ¡Entonces estoy salvado! —hizo una pausa. Después añadió—: ¿Hace mucho que saben que fui secuestrado?

—Lo ignorábamos... Bueno; al menos, anoche, cuando nos atraparon, no lo sabíamos.

—¿Lo ignoraban? ¿Es que usted pertenece a...?

—Al F.B.I.; aunque creo que no me va a valer de nada. No obstante,

lucharemos hasta el final.

El profesor Creighton arrugó el entrecejo.

—Me cuesta trabajo creerlo. Estos individuos han empleado todos los medios imaginables para hacerme ceder a sus intereses —tocóse con el índice el esparadrapo que tenía en la frente—. Me han golpeado tanto, que perdí el conocimiento... —calló unos momentos. Luego prosiguió—: ¿Cómo dice que la Policía está tratando de localizarme, y, sin embargo, ignoran que he sido secuestrado?

Slim le contó lo del «Waldorf Astoria» y los recortes que habían hallado con su nombre subrayado con lápiz rojo. Terminó diciéndole:

—No debe tener la más mínima duda sobre mí —sacó una cartera, y de ella, su carnet de identidad—. Solo me quitaron las armas. Pero esto puede ver que es verdad cuanto le digo.

El profesor examinó minuciosamente el carnet. Se lo devolvió, con un gesto de tranquilidad.

—Es usted un «G-Man». El F.B.I. está capacitado para muchas cosas.

—Sí —respondió Slim, al tiempo que se quitaba la americana—; para muchas cosas, menos para sacarnos de aquí. En cuanto a usted, ¿sabrán ya a qué obedece su desaparición?

—Estoy seguro —opinó Creighton—, que en Washington se sabe ya. El Alto Estado Mayor del Pentágono no puede haber dejado de notar mi falta.

—Oiga usted, profesor —dijo Slim—: ¿qué relación tiene usted con ese asunto de los platillos volantes?

Dean Creighton se detuvo ante la mesa. Señaló hacia los papeles que tenía en ella, aunque sin contestar a la pregunta.

—El F.B.I. ha de enterarse de esto si me está buscando. Yo trabajo para el Gobierno, y el Federal Bureau of Investigation es la fuerza que custodia al mismo. ¿Ha oído hablar alguna vez de un lugar secreto en Montana?

—Claro. Es un lugar en donde se hacen pruebas con las nuevas máquinas de guerra. Yo mismo he estado allí custodiando unos planos referentes a... —se detuvo. Hizo una transición—. Pero, bueno, eso no viene al caso.

—Pues bien: yo fui secuestrado cuando me dirigía allí en un coche militar. Se fingieron una patrulla de soldados, y de esa forma consiguieron detener el vehículo sin despertar sospechas. A mí me trasladaron a este lugar en un helicóptero.

—¿Con qué intenciones?

—Quieren que les haga unos nuevos planos de la máquina de guerra en la cual yo trabajaba en Montana.

—Dice «quieren». ¿Quiénes son ellos?

—Un grupo de agentes extranjeros. Se escudan tras una falsa misión

científica, presidida por un tal Roscoe Nagel.

Slim volvió a silbar.

—¿Y usted?

—Trato de equivocarlos; pero con ellos hay un ingeniero aeronáutico que es un técnico en motores de propulsión a chorro. Mis platillos volantes...

—¿Eh?... ¿Sus platillos volantes, dice?

—Sí; o el «D-X-Cuatrocientos Veintidós», que así será conocido, cuando sea del dominio público.

—Pero...

—Sí, sí; le comprendo perfectamente —le interrumpió, con una sonrisa—. Fue conveniente que la Prensa lanzara todas esas fantasías de Marte y otros planetas. Teníamos que probarlos, y por ello serían vistos por algunas personas. La mejor manera de crear confusión, para alejar agentes secretos, fue esa...; mas, por lo que veo, no ha sido así.

—Un secreto de esa naturaleza no debe pasar a manos de ninguna potencia extranjera —arguyó Merry—. Debe aguantar todo lo posible, y también lo imposible.

—Hasta ahora, eso estoy haciendo. Hace dos días que intenté escapar; pero, cuando ya estaba en una lanchita, me cazaron como a una alimaña. Esto —señaló los esparadrapos—, es recuerdo del fracaso.

—Bien, profesor. Si el Federal Bureau of Investigation sabe ya de su desaparición, lanzará nuestros mejores sabuesos sobre su pista. Procure ganar tiempo.

—Es eso precisamente lo que estoy haciendo.

—¿Cuántos hombres hay aquí?

—El jefe es un tal «Bloody». A sus órdenes habrá unos cuatro más. Aparte de ese grupo, hay un individuo llamado Mischa Pralov, que es un buen ingeniero aeronáutico. Es el que se entiende directamente conmigo.

—En total, cinco, que con los tres que han venido a traerme a mí forman ocho enemigos... No está mal del todo.

En ese momento, Merry quedó silencioso en actitud expectante. Se sentía correr los cerrojos de la primera puerta del sótano.

—Deben traerme el desayuno. Acostumbran hacerlo sobre las diez.

Efectivamente, la segunda puerta se abrió, dando paso a dos de aquellos pistoleros. Uno era «Bloody»; el acompañante era desconocido para Merry. Posiblemente fuera uno de los que, según dijera el que los recibiera en el helicóptero, estaba en ese momento tomando un baño en la playa. Este traía una gran bandeja, y en ella el servicio de café y huevos para dos personas.

—Ya me estoy cansando de hacer de doncella —dijo—. El día que tenga que apretar el gatillo de mi pistola lo haré con gran placer... Particularmente si es sobre alguno de estos tipos.

—Vamos, vamos, no será tanto —dijo Slim, sonriente—. Si no le agrada esto, ¿por qué no nos deja que nos vayamos? O, al menos, ¿por qué no podemos preparar nuestra propia comida?

—¡Cállese! Aquí no valen sus artimañas de perro policía —hizo una corta pausa, para agregar—: Dentro de unos minutos tendrán una visita... Es un viejo conocido del profesor, pero también quiere trabar conocimiento con un miembro del F.B.I. —terminó «Bloody», con una grosera carcajada.

Su otro acompañante puso la bandeja sobre la mesa.

—¡Ahí tienen... y ojalá les sirva de veneno!

Sin hablar más, los dos pistoleros se retiraron.

—¡Uf!... —exclamó Slim—. Tengo un apetito enorme, pero...

—Puede comer con toda tranquilidad. No piense ni por un momento que el café pueda estar envenenado.

—Sí; lleva usted razón. Les sería mucho más fácil meternos unos gramos de plomo en el estómago.

Los dos hombres acercaron unas sillas a la mesa. Se dispusieron a ingerir los huevos fritos con jamón y sendas tazas de café, que esparcían un agradable olorillo por la habitación.

* * *

El día transcurrió sin novedad para los dos prisioneros. A pesar de que se lo habían anunciado, nadie bajó a hablar con ellos. Solo a la hora de la comida aparecieron los dos pandilleros, y, como por la mañana, les dejaron sobre la mesa lo necesario para el yantar.

Por la mañana trajeron una pequeña cama portátil, que situaron cerca de la del profesor Creighton.

Merry no pudo conciliar el sueño. Y al amanecer, cuando unos destellos grisáceos atravesaban los cristales que, en parte, cubrían el techo del sótano, el muchacho se levantó. El profesor Creighton también lo imitó. Bien es verdad que no tardaron mucho, pues se habían dejado caer sobre las camas sin llegar a desnudarse, por eso, y ese fue el motivo, al sentir el runruno del motor de un helicóptero que evolucionaba sobre los edificios, quedaron alerta y en actitud expectante.

Veinte minutos más tarde sintieron descorrer los cerrojos que aseguraban la entrada del sótano.

Merry pensó que continuaba en el lecho y que estaba soñando. La primera persona que cruzó el umbral de la puerta fue una mujer: era la rubia reportér del «Morning», Loretta O'Connoll.

Inmediatamente aparecieron varias personas más: Alan Pitzer, Pat Rankin, Mortimer Guiray, Roscoe Nagel y un individuo, desconocido para el muchacho. Más tarde supo que se trataba de Mischa Pralov, el ingeniero

aeronáutico, del cual había hablado el profesor Creighton.

Cuando Slim vio a su compañero, no pudo por menos de acercarse a él. Lo creía muerto, asesinado, y una gran alegría lo invadió. Después, volviendo sus ojos hacia Loretta, exclamó:

—¡Vaya, vaya! Esto es una recepción en toda regla. No falta ni el consiguiente periodista.

La muchacha fue a responder alguna cosa. Un destello de alegría animaba sus ojos azules. Sin embargo, se contuvo al oír a Nagel.

—Señores: creo que debemos hablar algunas palabras antes de dejarlos aquí... Escuche, profesor: para pasado mañana necesitamos esos planos terminados, y con todo detalle. Si a las doce del mediodía no están en nuestro poder... —deteniéndose un momento, paseó su vista por los prisioneros. Luego continuó—: A esa hora meteremos unos gramos de plomo en la cabeza de esta entrometida periodista. Eso le dará derecho a veinticuatro horas más de plazo. Pasado este, será uno de estos dos polizontes el que vaya a reunirse con esta muchacha... Otro día más, y liquidaremos al otro. Después, tras cuarenta y ocho horas más, será usted mismo el que enviaremos a los infiernos... ¿Está bien claro el asunto?

Slim Merry avanzó unos pasos, hasta quedar frente a Nagel.

—¡Es usted un canalla! Esta mujer no debe ser metida en esto.

—No se preocupe, Merry —gritó Loretta—. Aún no tengo dentro de la cabeza los plomos que me han prometido.

Nagel levantó una mano, indicando que callara.

—Es la guerra. Los planos de los aparatos que construye Norteamérica en Montana han de ser conocidos por mí patria.

Slim acercóse más a su enemigo. Antes que nadie pudiera prevenirlo alargó el puño, y asestó un magnífico derechazo a Nagel, que encajó en plenas mandíbulas. Retrocedió dos pasos, cayendo de una forma fulminante por el suelo.

Pat Rankin sacó un revólver, y acercóse rápidamente al muchacho. Antes de que se diera cuenta, dejó caer el cañón sobre la parte posterior de su cabeza. Slim Merry se desplomó sin sentido.

Pitzer fue a lanzarse sobre el pistolero; mas Mortimer Guiray lo encañonó con un revólver que empuñó rápidamente.

—¡Quieto! —ordenó—. Ese muchacho es demasiado impulsivo.

Todos quedaron quietos. Solo Loretta O'Connoll, desobedeciendo al *gangster*, acercóse a Merry, que permanecía desplomado sobre el cemento del suelo. Levantando su cabeza, la hizo descansar sobre su regazo, a la par que limpiaba con un pañuelo la sangre que le corría por la frente.

Roscoe Nagel se repuso prontamente; levantóse con algún trabajo, ayudado por Rankin. En sus ojos brillaban unos destellos asesinos. Fue hasta el grupo formado por la periodista y Slim Merry. Sujetó a la primera

por un brazo, apartándola violentamente del muchacho. Después aplicó un puntapié sobre el caído, que tuvo la virtud de hacerle recobrar el conocimiento.

—¡Te voy a machacar los huesos, espía asqueroso!

Le dio otro puntapié al decirle estas palabras.

Desde un ángulo de la habitación, el llamado Mischa Pralov presenciaba la escena; sin embargo, al ver que Nagel iba a golpear nuevamente a su contrario, avanzó un paso.

—¡Oiga, Nagel! —le llamó—. ¡Deje a ese muchacho!

—¡El jefe soy yo! ¿Comprende? ¡En este servicio todos han de obedecerme! —respondió el aludido, con la faz descompuesta.

—Muy bien. Pero no olvide que soy militar. En mi patria ostento una graduación, y tengo un sentido claro del honor... Para mí, estas personas son como prisioneros de guerra. Si es necesario para nuestros planes el quitarlos de en medio, se hará. Pero en su día, y cuando llegue el momento, sin que sufran malos tratos.

Roscoe Nagel fue a decir alguna cosa. Abrió los labios como para responder, pero no articuló palabra alguna. Pasó su vista por todo el grupo de personas que había en aquella habitación. Dio media vuelta, encaminándose hacia la salida.

—Puede venir, Guíroy. Y tú, Rankin. Posiblemente, el coronel Pralov quiera hablar unas palabras con nuestros «invitados» —dijo, ya junto a la puerta.

Cuando salieron, Alan Pitzer, ayudado por Loretta O'Connell, consiguió levantar a Merry, dejándolo sentado sobre una silla.

—Lo lamento, señores —habló el llamado Mischa Pralov—. Sin embargo, como ha dicho Roscoe Nagel, esto es la guerra.

—Pero no hay ninguna nación que en estos momentos esté en guerra con nosotros —arguyó Pitzer.

—No, efectivamente —respondió su interlocutor—. Más en la paz se lucha en prepararse para la guerra. Nunca me gustaron estas misiones fuera de mi patria. En realidad, es Nagel el jefe del Servicio Secreto. Si yo me he trasladado a los Estados Unidos, ha sido porque trabajé, aunque sin éxito, en lo que ya no tiene secretos para el profesor Creighton. La verdad es que soy coronel del Departamento de Aeronáutica de mi país —hizo una pausa, para continuar, con gravedad—: Necesitamos los planos del «D-X-Veintidós». Eso sí: pese a quién pese, cuando parta de los Estados Unidos he de llevarlos conmigo.

Y sin decir nada más, aquel que se denominó como coronel del Ejército de su país, atravesó la puerta del sótano. Cruzó al exterior, y hasta a los prisioneros llegaron claramente el correr de los cerrojos, así como el taconear del individuo al alejarse de la puerta.

Capítulo 8

INTENTO DE FUGA

L

A situación se iba poniendo algo fea para el grupo de prisioneros. Habían pasado algo más de veinticuatro horas desde la llegada de Pitzer y la periodista.

La noche anterior, los tres hombres habían dormido en la primera habitación del sótano, cediéndole a Loretta la que se podía denominar sala de trabajo del profesor.

El sol ya estaba suficientemente alto como para darse cuenta de que estaba próximo el mediodía.

Pitzer y Merry, después de consultar el pro y el contra, decidieron actuar rápidamente. Sabían que en aquella isla había ocho o nueve hombres, que no dudarían un solo momento en asesinarlos si llegaba el caso; pero...

Y así, trazaron un plan que en aquel momento se disponían a llevar a la práctica.

Sabían que, sobre las dos y media, bajaban dos hombres con la comida de los cuatro. Como todos los días, así sucedió. No bien sintieron descorrer los cerrojos de la primera puerta, el profesor Creighton dejóse caer al suelo. Quedó de tal forma, que los que llegaban no le podían ver el rostro.

De rodillas, junto a él, Loretta y Alan Pitzer. En un rincón, Slim, que trataba de llenar un vaso de agua de un recipiente que allí había.

—¿Qué ocurre? —preguntó «Bloody» al entrar, quien, como siempre, acompañaba al que traía la comida para los prisioneros.

—Se ha suicidado —dijo, histéricamente, la muchacha—. ¡Oh Dios mío! Antes que dar a conocer los secretos que le exigían, ha puesto fin a su vida.

Cubrió se la cara con sus manos, sollozando fuertemente, aunque si se hubieran fijado un poco mejor, habrían visto cómo separaba sus dedos y miraba lo que sucedía por entre ellos.

«Bloody» lanzó una grosera maldición. Acercándose al caído, lo volvió, mientras su compañero dejaba la bandeja sobre la mesa.

—¡Aún está vivo! —exclamó—. ¡Vamos, rápido! Déjenlo sobre la cama que...

No terminó la frase. Pitzer captó una señal de Merry, quien en ese

momento se acercaba a ellos con un vaso en la mano. Pasó muy cerca del pistolero que traía la comida. En ese momento, el inspector del F.B.I. se abalanzó sobre «Bloody», tapándola la boca, al mismo tiempo que el profesor se incorporaba, ayudándolo.

Simultáneamente a eso, Merry se arrojó sobre el *gangster* que estaba junto a la mesa, golpeándolo con el puño cerrado en la parte posterior de la cabeza. Dio el golpe con tanta fuerza, que este se derrumbó como un saco vacío. Cayó al suelo sin sentido, en donde quedó encogido, sin moverse.

Mientras tanto, Pitzer, sin quitar la mano de la boca del otro pistolero, a fin de que no pudiera gritar, forcejeaba con este, tratando de derribarlo al suelo. Aunque estaba sujeto por la espalda, y Dean Creighton le ayudaba todo cuanto podía, «Bloody» era corpulento, y forcejeaba con gran rabia.

Slim, no bien su contrincante cayó al suelo, se abalanzó sobre él. Registrándolo cuidadosamente, le sacó una pistola que llevaba bajo el sobaco. Comprobó que estaba cargada. Con ella en la mano, acercóse a Pitzer.

—¡Vigile al otro! —gruñó a Loretta. Después clavó el cañón del arma que empuñaba en un costado de «Bloody», quien aún intentaba zafarse de los dos hombres que lo aprisionaban. Con voz fría y cortante, le amenazó —: ¡Si sigues haciendo el más mínimo movimiento, clavo siete balas en tus pulmones!

El pandillero comprendió que, de momento, no tenía nada que hacer. Levantó los brazos al aire.

—No podrán escapar. Hay hombres arriba que sabrán impedirlo —arguyó, cuando Pitzer le hubo soltado, quitándole las armas que llevaba: una pistola «Colt» y un puñal, que tenía cruzado en el cinturón del pantalón, dentro de su funda.

—No te preocupes —dijo Pitzer. Luego añadió, dirigiéndose a Creighton—: ¡Eh, profesor! Busque una cuerda por ahí, o haga sus tiras de las mantas. Vamos a dejar a estos angelitos con las alas cortadas.

Quince minutos más tarde, los dos *gangsters* estaban muy bien amarrados y amordazados. Fueron dejados en el suelo, sobre un rincón de la habitación.

—Tenemos dos pistolas y un puñal —dijo Pitzer—. Tome, profesor —añadió, al tiempo que le entregaba el puñal—; algo es algo. Esto es mejor que nada.

Slim Merry, que se había acercado a la primera puerta del sótano, volvió hacia ellos.

—Vamos. Si conseguimos salir de estos edificios, tendremos una gran ventaja. Al fin y al cabo, no quedan más que seis enemigos.

Con gran cuidado, iniciaron la marcha. Slim y Pitzer, delante; Loretta y el profesor Creighton, detrás. Salieron del sótano, y al llegar a una escalera

de piedra, Merry levantó la mano izquierda en señal de alto. Su derecha empuñaba la pistola.

Subió por los escalones, hasta llegar ante una puerta que permanecía semiabierta. Cautelosamente fue asomando la cabeza, hasta comprobar que no había nadie en aquel departamento. Volvió junto a sus compañeros. Silenciosamente indicó con un gesto que continuaron avanzando.

Uno tras otro salieron de allí. Cambiaron el orden de marcha. Slim, delante; detrás del grupo, Alan Pitzer, con el revólver aprestado. Nadie se cruzó en el camino de los fugitivos.

Pudieron salir al patio que había entre los dos edificios. Una vez allí, Slim acercóse a Pitzer.

—Creo que debemos saltar la tapia y no cruzar la otra casa —dijo.

—Sí; eliminaremos riesgos —paseó su mirada por los rincones del patio, fijándola en unas barricas que había en uno de ellos y terminó, señalando, al mismo tiempo que se encaminaba hacia donde indicaba—: Eso nos puede servir.

Todo salió a las mil maravillas. Pudieron saltar la tapia, saliendo al exterior. Sin embargo, fue allí donde surgió el primer contratiempo.

Iban pegados al muro del edificio, a fin de no ser vistos desde el interior de este.

Cuando llegaron al ángulo de la casa, Merry, que iba delante, alzó una mano. Fue asomando poco a poco hasta comprobar que no había nadie en la parte delantera de la construcción. Sus ojos se animaron cuando vio dos helicópteros en aquella explanada. El pequeño, que lo había traído a él, y otro mayor, que sirvió para transportar a Pitzer, Loretta y el grupo de *gangsters*.

Volvió la cabeza, murmurando en un susurro, para sus compañeros:

—Si conseguimos subir a uno de los aparatos, estaremos a salvo.

—¿Quién lo pilotará? —preguntó Loretta.

—Yo mismo —se ofreció el profesor Creighton.

Slim Merry interpuso:

—No se preocupe. Fui piloto en Filipinas, cuando la pasada guerra —hizo una pausa. Volvió a mirar hacia donde se encontraban los dos aparatos—. Lo intentaremos en el grande. Es posible que conserve más gasolina. Sus depósitos de reserva tienen que ser mayores.

—Me parece bien —concedió el inspector del F.B.I.—. ¿Avanzamos todos?

—No. Desde esta esquina pueden cubirme, caso de que sea necesario. Yo atravesaré este terreno descubierto... Una persona puede pasar más inadvertida que un grupo de cuatro.

Así lo hicieron. Slim Merry salió de la protección que le brindaba la esquina del edificio. Iba con la pistola en el bolsillo de la americana, pues

de esa forma podría pasar inadvertido, en caso de que alguien lo viera, sin fijarse mucho en él.

Ya iba llegando al helicóptero que se había señalado como meta, cuando la puerta lateral del aparato se abrió, descendiendo un hombre desconocido para el muchacho.

Llevaba en las manos un casco de vuelo, y, sin dar importancia a la presencia de Merry, siguió caminando hacia su encuentro. Slim metió la mano en el bolsillo, empuñando la pistola. No obstante, se abstuvo de sacarla.

—¡Hola! ¿Tardarán mucho? —preguntó el desconocido—. Hemos de darnos prisa, si queremos llegar pronto.

El agente especial, comprendiendo que lo habían confundido con alguno de los pistoleros, sonrió.

—¡Oh, no! Ya vienen. Ahora haga lo que yo le diga —al decir eso se colocó de forma que no pudieran ver desde la casa la pistola que había sacado y empuñaba—. Dé media vuelta y suba nuevamente al aparato... ¡Vamos, pronto!

El piloto, que tal era el individuo, quedó indeciso. Luego, lentamente, volvióse, caminando hacia el helicóptero. Fue a levantar los brazos; pero, temiendo que lo pudieran estar observando, Merry ordenó, con metálica voz:

—No suba los brazos. Procure no hacer ningún movimiento sospechoso, o le mando a los infiernos.

El piloto obedeció la orden; mas era un hombre arriesgado, y decidió no conformarse con la situación. Cuando llegó al aparato, al adelantar los brazos para asirse a la parte metálica del mismo y poder subir, con una rapidez que preconizaba lo ducho que estaba en ello, se llevó una mano a un costado, sacándola armada con un revólver. Se volvió como una centella, y, al mismo tiempo que se inclinaba, para ofrecer menos blanco, oprimió el gatillo del arma.

Slim fue cogido de sorpresa. Sintió un fuerte golpe en la cabeza y en un brazo. Quiso disparar a su vez, y no pudo. Un velo rojizo fue cubriéndole la vista, hasta que, sin poderse contener, dio con su cuerpo en tierra. Sin embargo, antes de perder totalmente el conocimiento, sintió unas detonaciones. Entre la bruma que oscurecía sus ojos, divisó cómo el piloto soltaba el revólver que tenía en la mano y rodaba por el suelo, al tiempo que una voz femenina lo llamaba cariñosamente por su nombre. Después, nada. Se había sumergido en la inconsciencia.

Capítulo 9

EL F.B.I. SIEMPRE TRIUNFA

D

ESDE la esquina del edificio. Alan Pitzer y sus compañeros observaban la marcha de Slim Merry hacia el helicóptero mayor que estaba a unas sesenta yardas del lugar donde se encontraba.

Por un momento, al ver la figura del piloto —Pitzer y Loretta lo reconocieron al momento, pues era el que los había transportado a la isla—, fue a disparar el arma que mantenía empuñada. Sin embargo, comprendió lo sucedido al ver que aquel no daba señales de alarma.

—No lo ha reconocido —murmuró en un susurro.

—Sí —respondió el profesor Creighton—. Dios quiera que todo salga bien.

Alan Pitzer observó cómo el piloto daba la vuelta y se dirigía nuevamente hacia el helicóptero. Dedujo que Merry lo amenazaba con la pistola, y por eso quedó en situación expectante, pronto a actuar si el caso lo requería.

Se dio perfectamente cuenta de la maniobra del aviador al «sacar» y volverse sobre su compañero. Pitzer no titubeó. Disparó por dos veces su revólver, acertando de lleno en su enemigo, que cayó inerte al suelo. No obstante, no pudo hacerlo con la suficiente celeridad para evitar que el muchacho del F.B.I. fuera alcanzado.

Al ver caer a Slim, Loretta O'Connoll dio un grito, y, perdiendo toda prudencia, corrió hacia donde el muchacho yacía.

—¡Slim, Slim!... ¡Oh Slim! —gritó, cuando llegó a su lado.

Lo arrastró todo cuanto pudo, hasta quedar bajo el helicóptero. Se volvió, y recogió el revólver que había utilizado el piloto.

Alan y el profesor llegaron tras ella.

—¡Vamos, dentro! —ordenó el inspector.

Y recogiendo el cuerpo de su compañero, se metió rápidamente en el interior del helicóptero, seguido de la muchacha y de Dean Creighton.

Fue a tiempo. En ese momento, un grupo de hombres salía del edificio y al reconocer a los fugitivos, dispararon sobre ellos.

Nagel, que había acudido a los disparos, ordenó rápidamente:

—¡Tirad al motor del helicóptero! ¡Todos a él! ¡Hay que inutilizarlo!
¡El profesor Creighton puede pilotarlo!

Así lo hicieron. Concentraron sus disparos sobre esa parte del aparato, y solo suspendieron el fuego cuando comprendieron que lo habían inutilizado.

Desde el interior del helicóptero, el profesor intentaba poner en marcha el motor. Esta giraba a impulso del arranque, pero no producía una sola explosión. Al darse cuenta de que no había medio de hacerlo, se volvió hacia Pitzer, que por una ventanilla del aparato disparaba sobre sus enemigos.

—Estamos perdidos, inspector —dijo—. Han inutilizado el motor.

—¡Maldición! ¡Pero no nos cogerán vivos!

En ese momento, Loretta O'Connoll daba un pequeño grito de sorpresa. Había dejado a Merry con la cabeza apoyada sobre una mesa que encontró dentro del helicóptero. Pasó su vista por todos los rincones del aparato, buscando algo que pudiera servirle para poner más cómodo al herido que cuando sus ojos se distendieron con alegría. Sobre una redecilla que había junto al techo, se veían dos pistolas ametralladoras.

—¡Pitzer, Pitzer: allí...!

En las facciones de Alan se pintó por un momento la alarma. Creyó que serían amenazados por un nuevo lado; pero al seguir la mirada de la muchacha y ver las dos «Thompson», de sus labios se escapó un grito, que no tuvo nada de humano. Las recogió, y comprobó que tenían todas sus municiones.

—¿Sabe manejarla? —preguntó al profesor.

—¡Y un cuerno! —exclamó Loretta arrebatándole una de las pequeñas ametralladoras—. Yo las descubrí, y como sé manejarlas tal y como pudiera hacerlo Al Capone, la voy a usar... El profesor puede disparar con las pistolas.

Pitzer no objetó nada. Sabía que la rubia irlandesa era capaz de hacerlo. El tiempo apremiaba. Los pistoleros arreciaban el fuego, y las balas entraban peligrosamente dentro del helicóptero.

—¡No disparé! —indicó el inspector a la muchacha—. Déjenos que respondamos con las pistolas para cogerlos de sorpresa.

—«Okey», Avise cuándo debo hacerlo —se volvió hacia Slim, y le pasó su pañuelo por la frente, limpiándole un poco de sangre que manaba por la herida; mejor dicho, más que herida era un rasguño, que había sido producido por la bala al resbalar sobre su cráneo—. ¡Slim, Slim! —llamó, suavemente, la muchacha, aunque como contraste a la femineidad, se veía en su mano derecha la pistola ametralladora.

La dejó sobre el suelo, e intentó acomodar algo mejor al herido.

Este lanzó un largo gemido, y entreabrió sus ojos. Vio una figura borrosa, que, poco a poco, fue perfilándose más, hasta que reconoció a la reportér del «Morning».

—¡Oh, Loretta! —llamó en un murmullo.

Intentó enderezar el busto, pero no pudo hacerlo. Dejándose caer de espaldas, nuevamente entró en la inconsciencia.

Mientras tanto, el grupo de *gangsters* no daba señales de vida. Todos los hombres que había en las casas estaban en aquel momento alrededor de Roscoe Nagel recibiendo instrucciones. Eran, aparte de este, Mortimer Guiroy, Rankin, el piloto del helicóptero pequeño, Mischa Pralov y dos pistoleros más. En total, siete. Unos minutos después se les agregarían los dos que habían quedado amordazados y amarrados en el sótano, pues Mortimer envió a un hombre para ver qué había sucedido con ellos.

—Vamos a salir y rodearlos —decía Nagel—. Solo disponen de tres pistolas. Rankin y estos dos —al decir eso señaló hacia los dos hombres que estaban ya en la isla cuando ellos llegaron —darán la vuelta y los cogerán por las espaldas. Bloody, con este —señaló al que había estado amarrado con él en el sótano—, se acercarán por el lado del motor. El coronel Pralov, Mortimer, Duchesne y yo los hostilizaremos desde aquí. Hay que procurar cogerlos vivos. Por lo menos, al profesor Creighton.

Así lo hicieron.

Desde el interior del helicóptero, el inspector del F.B.I. vio cómo de pronto, y todos al mismo tiempo, salían de la casa dos grupos de hombres y se dispersaban en diferentes direcciones. Mientras tanto, un fuego graneado se hacía desde las ventanas del edificio contra el aparato.

Disparó su pistola. Igualmente hizo el profesor Creighton.

—¡Vamos! ha llegado el momento de utilizar los «boogies»⁴.

Entregó su pistola a Dean Creighton, quien tenía dos en las manos: la de Slim Merry y la del piloto, que recogieron antes de refugiarse en el aparato.

Parsimoniosamente, como si estuviera trabajando en su laboratorio, el profesor examinó las tres armas. Dos eran revólveres del mismo calibre. Terminó de completar el cilindro con los proyectiles del otro. Después se situó junto a la ventana, preparado para disparar.

Loretta O'Connoll avanzó unos pasos hasta el puesto de mando del helicóptero. Con el cañón de la «Thompson» rompió el parabrisas, que se hizo completamente polvo. Desde allí veía, por encima del punto de mira, a los dos pistoleros que habían dejado amarrados en el sótano, y que fueron liberados por uno de sus compañeros.

—¡Maldito sea el demonio! —murmuró—. Daría alguna cosa por tener a mano una máquina fotográfica. No creo que nunca se haya publicado la fotografía de unos bandidos disparando sus «ukeleles» y disponiéndose a atacar a un grupo de personas entre las que hay dos miembros del F.B.I.

Al decir eso, recordó a Merry, volviendo su vista hacia este con una expresión cariñosa en sus ojos.

Alan Pitzer se tendió en el suelo del helicóptero, frente a la puerta, que permanecía abierta, y con la pistola ametralladora cubrió la casa en donde estaba el resto de sus enemigos.

El profesor Creighton, en el otro lado del aparato, estaba alerta junto a la ventanilla.

Loretta fue la primera que rompió el fuego. Dejó que «Bloody» y su acompañante se acercaran, y cuando ya iban a salir de su campo visual para meterse debajo del motor, apretó el gatillo, oscilando levemente el arma, en un movimiento de izquierda a derecha.

En el mismo instante, el grupo mandado por Rankin había dado la vuelta, acercándose al helicóptero por la parte contraria a la puerta. Comenzaron a disparar sus armas, al mismo tiempo que de la casa salían los que allí quedaron. Eran Mortimer, Nagel, el coronel Pralov y el piloto Duchesne. Todos concentraron sus disparos sobre el aparato, mientras avanzaban a todo correr sobre el mismo.

Pitzer se dio cuenta de lo que ocurría. Lanzó una ráfaga sobre los que adelantaban terreno, valientemente, es cierto, y corrió hacia una de las ventanillas, por dónde disparaba el profesor Creighton. Este hacía fuego con uno de los revólveres, alcanzando a un pistolero, quien, dando una voltereta trágica, quedó tendido sobre el polvo.

Loretta se hallaba situada en una ventanilla y disponíase a disparar, sobre el grupo de Mortimer, cuando sintió que la tocaban en la espalda.

—Trae, muñeca —dijo Slim Merry, que había recuperado el conocimiento y, tambaleante, se acercó a la muchacha.

—¡Oh, Slim! —exclamó esta, sonriente—. ¿No estás herido de gravedad? —siguió diciéndole, tuteando al joven, casi sin darse cuenta.

—No, guapa. Y de verdad me alegro de que me hayan tocado, porque...; pero trae —añadió, cambiando la conversación y tuteándola también—, esos perros se están acercando demasiado.

Tomó la «Thompson», apoyándola sobre la ventanilla —ventanilla que ya no tenía cristales—, buscando el cuerpo de uno de sus enemigos con el punto de mira de la mortífera arma.

«Tap-Tap, tal, tap-tap-tap».

El trágico ruido sonó entre los demás disparos de pistolas y revólveres.

Merry pudo ver cómo Nagel y el llamado Mischa Pralov se detenían en su carrera. Uno de ellos, el primero, cayó de bruces después de avanzar dos o tres pasos debido al impulso que llevaba. El otro se tambaleó, pero no llegó a caer. En sus facciones se pintaron rictus de dolor. Acercó la mano que sostenía la pistola a su costado, continuó avanzando hacia el helicóptero. Fue el profesor Creighton, que había acudido a la puerta al ir Pitzer al lado donde él estaba, el que pudo hacerle morder el polvo al meterle una bala entre ceja y ceja.

Al ver caer a sus compañeros, Mortimer y Duchesne retrocedieron hasta ganar el refugio de la casa.

Rankin y el otro pistolero se batieron en retirada. Ocultáronse tras unos próximos árboles. Sin embargo, fue por poco tiempo. Guiróy dio una orden y desde su refugio iniciaron un tiroteo sobre el aparato, con la esperanza de que algún proyectil de los que atravesaban el fuselaje y carlinga del helicóptero encontrara el cuerpo de alguno de los fugitivos.

De vez en cuando, sin dejarse ver mucho, los agentes federales soltaban una ráfaga de sus «Thompson», haciendo que los pistoleros se mostraran prudentes.

—¡Maldición! —exclamó Slim Merry, después de disparar algunos tiros sobre los que se habían ocultado tras los árboles—. ¡Estoy sin municiones!

—Ya hace unos minutos que los revólveres están igual —arguyó el profesor Creighton.

—Tres proyectiles me quedan en el cargador de la pistola que tengo —dijo lentamente Loretta, quien, al soltar el «boogie», había empuñado una de las armas cortas.

Alan Pitzer miró a sus compañeros. Luego examinó la ametralladora que tenía entre las manos. Moviendo la cabeza de un lado a otro, puso el disparador en posición de uno a uno, murmurando suavemente:

—Cuatro o cinco balas quedan en este cacharro. Hay que economizar los tiros.

Merry tomó la pistola de manos de la muchacha, que se la dejó coger sin protesta alguna.

—Slim —dijo, mirándole con sus claros ojos azules, en los que había destellos de ternura—: parece que esto es el fin ¿verdad?

—No perdamos las esperanzas. En total, sumamos siete u ocho balas. Aún nos sobrarán para acabar con esos bandidos.

—¿Para qué vamos a ilusionarnos, Slim? Enfrentémonos a la realidad. ¿Quieres hacerme un favor?

—Claro que sí; pero... ¿qué te ocurre?

—Escucha, Slim —prosiguió la muchacha—. Si esos individuos llegan a subir aquí, no duraremos ni dos minutos. ¿Quieres... quieres guardar una bala y evitármelo?

Merry apoyó una de sus manos sobre la izquierda de Loretta, oprimiéndosela dulcemente. La chica puso la otra sobre la de él, acariciándosela casi inconscientemente. El muchacho fue a responder, pero no pudo. Se le formó una especie de nudo en la garganta que no le dejó hablar. Ahora que estaban en peligro de muerte dábase cuenta de que sería horroroso el que a la muchacha le ocurriera algo. Antes preferiría ser él el que perdiera la vida. ¿El? Y, ¿por qué? Se detuvo un momento a pensar,

comprobando, todo admirado, que lo que le estaba sucediendo era que se había enamorado de la chica. Lanzó una breve carcajada, haciendo que sus compañeros lo miraran extrañados.

—Nos salvaremos, Loretta, nos salvaremos, porque... —deteniéndose, levantó la pistola e hizo un disparo sobre uno de los pandilleros que se había descubierto algo. Este, lanzando un gemido, volvió a ocultarse, aunque cuando lo hizo llevaba un brazo inerte—. Nos salvaremos —siguió—, porque... porque te quiero —y al decir esto acercó su cabeza y besó a la muchacha en los labios.

Esta se quedó muy sorprendida. Miró a Pitzer, que sonreía, y al profesor Creighton, que encogió los hombros en señal de incompreensión.

—¡Dios mío! —dijo Loretta—. ¡Se ha vuelto loco...!

—No; no me he vuelto loco. Lo que ocurre es que...

En ese momento sus enemigos arreciaban el tiroteo y fue interrumpido en lo que iba a decir.

Guiroy y Duchesne habíanse protegido tras un bidón metálico y rodándolo delante de ellos se iban acercando cada vez más.

—Hay que volver a la casa o al menos intentar salir y recoger las armas de los que están tendidos a pocas yardas —dijo Alan, refiriéndose a los que habían caído en la lucha.

—Yo iré. Guardadme las espaldas —se ofreció Merry.

—¡Oh, Slim, no, no vayas! —gritó Loretta.

Sin responder, el muchacho la besó. Apartándola, ya se disponía a saltar cuando quedó parado mirando hacia el cielo.

Desde donde estaban, en el cuadro que se recortaba a través de la puerta del aparato veíanse tres aviones que se acercaban velozmente.

Pitzer miró, lanzando un grito de alegría.

—¡Aviones militares!

Efectivamente. Ya se habían acercado y evolucionaban sobre la explanada donde se desarrollaban los sucesos descritos. Pintado en los costados del fuselaje veíanse claramente la estrella de los aviones militares de la U.S.A.F.

Mortimer Guiroy comprendió lo que sucedía. Hablando unas palabras hicieron retroceder el bidón hacia la casa.

Unos instantes después lo hacían rodar hacia el helicóptero de Duchesne. Solo al pasar de ese parapeto móvil al aparato pudieron darse cuenta de que Yllona de la Forest los acompañaba.

Tres minutos más tarde, el helicóptero se elevaba, abandonando la isla. Sin embargo, llegó muy lejos. No había subido mucho cuando uno de los aviones militares se le acercó, evolucionando alrededor del mismo. Le hicieron señal de volver a tomar tierra.

Mortimer Guiroy ordenó a Duchesne:

—¡Sigue, no hagas caso!

El piloto del aeroplano militar lanzó una ráfaga de su ametralladora en señal conminatoria.

El *gangster* equivocó su acción. Sacando una pequeña «Thompson», lanzó una andanada de tiros, a través de la ventanilla, sobre el avión que evolucionaba alrededor del suyo.

Lo que sucedió fue cuestión de pocos segundos.

El aparato militar se elevó, y cuando estuvo a suficiente altura se dejó caer en picado sobre el helicóptero. Al mismo tiempo sus ametralladoras crepitaban.

Cogido de lleno, el helicóptero hizo un movimiento extraño. Luego, poco a poco al principio y a más velocidad después, se vino abajo, cayendo sobre las aguas del próximo Lago Superior.

Una llamarada se inició un poco antes de llegar al líquido, extendiéndose por la superficie de él al salir la gasolina de los depósitos del aparato. Unos minutos más tarde todo había terminado.

* * *

De esa manera providencial pudieron ser salvados los agentes federales, el profesor Creighton y la muchacha.

Del primer avión que tocó tierra descendió el inspector jefe de la División de Extranjeros, Richard O'Briend.

—Llegamos a tiempo, ¿eh, Pitzer?

—Sí, y de todas esas ratas de alcantarilla no quedan más que Pat Rankin y otro pistolero herido. Los dos se han entregado al descender los aviones —hizo una pausa. Luego, añadió—: La última vez que hablamos en Nueva York me preguntaste por el profesor Creighton, ¿verdad?

—Sí. Aún no se sabe nada de él. El coronel Ray Stanford, del Servicio de Aeronáutica...

—No sigas —le interrumpió Pitzer—. Te presento al profesor Dean Creighton.

Y al mismo tiempo señalaba a este, que permanecía junto a ellos.

—¡El profesor Creighton! ¡Gracias a Dios! —exclamó O'Briend—. Lo que no comprendo es cómo se encuentran aquí.

—Ya te lo explicaremos —prometió el inspector del F.B.I.—. Ahora lo que quisiera saber es cómo diablo has dado con nosotros.

—Fue fácil. El capitán Hicking encontró unas letras escritas en un diván, y eso, unido a la «persuasión» de sus muchachos sobre algunos empleados del «Maynards», lo hizo todo.

—Yo dejé el mensaje —explicó Loretta—. Lo hice con una barra de «rouge» que pude coger —y la chica contó lo que había hecho cuando

estuvo sentada en el diván, con las manos amarradas a la espalda—. Ahora, señores —añadió—. Un favor: ¿es que no hay nadie que me preste una máquina fotográfica?... ¡Voy a perder el mejor reportaje gráfico de mi vida de repórter!

CONCLUSION

L

AS cosas se aclararon rápidamente. La pistola que se encontró en poder de Rankin sirvió para poder demostrar que los proyectiles encontrados en los cuerpos de los dos asesinados del «Waldorf» habían salido de esa arma.

Rankin, al verse acusado de esa manera tan contundente, contó todo cuanto sabía. Eso, unido a todos los papeles y documentos que se recogieron en casa de Roscoe Nagel y de Mortimer Guiroy, fue el factor decisivo que el F.B.I. utilizó para poder cerrar el caso.

El asunto del «D-X-Cuatrocientos Veintidós» quedó en secreto por orden del Alto Estado Mayor del Pentágono, y así se lo hicieron saber a la periodista, prohibiéndole que escribiera nada sobre ello.

Comprendiéndolo, y aunque a regañadientes, Loretta O'Connoll obedeció las instrucciones recibidas. El caso de los «platillos volantes» no sé daría a conocer al público. Sin embargo, le prometieron que sería el único periodista que podría sacar fotografías de ellos el día que se hicieran las pruebas oficiales.

Slim Merry y Loretta O'Connoll continuaron viéndose. Al fin sucedió lo inevitable. Decidieron casarse.

FIN



UN VIAJE MARAVILLOSO POR
EL MUNDO DE LA ALEGRÍA!

LOS DUEÑOS



Divertidas
aventuras
y los mejores
chistes
gráficos.
Para toda
la familia.

REVISTA

CONDORITO

Notas

[←1]

«Metro» de la Séptima Avenida.

[←2]

«Bloody»: Sanguinario.

[←3]

Se refiere a que, cuando electrocutan a algún reo en aquel presidio federal, como la Prensa no puede entrar a presenciar la ejecución, algunos periódicos envían sus reporteros para ver la disminución de luz. Cosa que ocurre cuando la intensidad de la corriente pasa por el cuerpo del ejecutado.

[←4]

«Boogies»: Nombre con el que se conocen, generalmente, las pistolas ametralladoras.